



4  
**SOR INES.**

**POR**

**EL P. FR. VICENTE MARTINEZ**

**COLOMER.**

*Soy de Perico el de los  
Palo tes*

---

**EN VALENCIA:**

**IMPRESA DE D. FRANCISCO BRUSOLA,**

**IMPRESOR DE CÁMARA. DE S. M.**

**AÑO 1815.**

17765298

120597794



Handwritten text in a cursive script, possibly a signature or a name, located in the middle of the page.



## SORINES.

**N**o, D. Carlos: vmd. jamas podrá agradarme como no mude de pensar. Vmd. es idólatra de su razon; con esta luz sola quiere juzgar de todo, y decidirlo todo; pero esta es una luz muy obscurecida; sus rayos se extienden á corta distancia; el humo espeso que se levanta de nuestras pasiones llega hasta apagarla enteramente; ¿y entonces que puede suceder sino precipitarnos en un abismo de errores á qual mas funesto? Aun quando se recojan todos sus rayos para que nos sirvan de norte, ¿que podemos descubrir con ellos? Un corto número de verdades naturales, que por la mayor parte dependen de la experiencia, que solo se reducen á inducciones, que no sirven sino para la vi-



da presente , y que nos dexan en una grosera ignorancia en órden á las verdades que conducen á la eterna felicidad. La razon , caballero , es una guia infiel , y vmd. debe abandonarla , y tomar otra que le conduzca con mas seguridad.

Señora , respondió D. Cárlos , ¿ no está contenta vmd. con haberme cautivado el corazon , sino que aun quiere hacer cautiva mi razon ? Las raras bellezas como la de vmd. pueden exercer su imperio sobre el corazon , mas no sobre la razon ; la razon no se somete sino á la fuerza del convencimiento. Si vmd. que á una singular belleza junta una extraordinaria elevacion de ingenio y una erudicion exquisita , pudiera hacerme mudar de pensar , al triunfo de mi corazon añadiría vmd. el de mi entendimiento , y entonces..... Entonces, interrumpió Doña Isabela , á pesar de sus lisongeras expresiones , yo no seria mas de lo que soy ; pero vmd. que ahora es un caballero de honor que se guia



por la razon, seria entonces un verdadero cristiano que se guiaria por la fe. ¿ Por ventura no soy yo cristiano, señora, dixo D. Cárlos? Vmd. es cristiano, respondió Doña Isabela, porque ha nacido en pais cristiano y de padres cristianos, y porque ha tenido la dicha de recibir el sacramento que hace cristianos. Vmd. profesa la verdadera fe, pero ¿ que consistencia, que solidez puede tener una fe que se funda sobre tan frágiles cimientos? Creer en Dios no es solamente creer que Dios existe, ni dar crédito á quanto ha dicho, sino fixar tambien toda nuestra confianza en él, unirnos á él como á nuestro soberano bien, y como á nuestro último fin. Debemos ademas conocer el precio de las verdades que creemos por la fe, amarlas, estudiarlas, contemplarlas y hacerlas el asunto de nuestras conversaciones. Vmd. aprendió en la niñez un catecismo donde ligera y superficialmente se traten semejantes verdades, y sin cuidarse ya mas de un estudio al que



todos tenemos obligacion de aplicarnos seriamente , se dedicó á las matemáticas..... ¿ Todos , señora , todos tenemos esa obligacion? preguntó D. Cárlos interrumpiéndola. Sí señor , todos los que profesan la religion cristiana , respondió Doña Isabela. ¿ Por que se ha entregado vmd. con tanta vehemencia á las matemáticas? ¿ Por que ha procurado vmd. consultar personas instruidas , escoger los autores mas clásicos , y tomar luces de todas partes sino para hacerse mas hábil matemático de cada dia? Pues si vmd. antes de dedicarse á esta ciencia habia profesado ya la religion cristiana , ¿ por que no procuró instruirse con el mismo ardor en las verdades y misterios que enseña , en los bienes que promete , y en las obligaciones que prescribe? Porque yo no he de ser teólogo , respondió D. Cárlos. Esa es una preocupacion muy comun , replicó Doña Isabela. El estudio que se nos pide á nosotros no es como el de los que hacen profesion de teólogos. Un teólogo debe



aumentar de cada dia la serie de sus conocimientos , internarse en las dificultades que presenta la Escritura , exâminarlas con ojos atentos , y darles aquel desenlace que sea mas conforme á la tradicion de todos los siglos , y á la mente de aquellos sabios y santos varones que han tratado semejantes materias ; debe dedicarse á la historia eclesiástica , á los casos de conciencia , á las controversias &c. Pero nada de esto se nos pide á nosotros. Confesar la existencia de un Dios solo , y la obligacion de darle culto : conocer en quanto nos sea posible sus principales atributos , su omnipotencia , su sabiduría , su providencia , su justicia , su misericordia &c. : aplicarse al estudio de Jesucristo , y á la doctrina y exemplos que nos ha dexado en su Evangelio : adorar los objetos de nuestra fe , creerlos porque Dios que no puede engañarnos los ha revelado , confesar que son verdaderos y certisimos , aunque no son evidentes ; esto es lo que todo cristiano tiene obligacion de



estudiar, y estudiarlo de modo que de cada dia se instruya mas y mas conforme á la extension de sus luces, no contentándose con los primeros elementos.

Porque sin hablar de una multitud de faltas funestas que resultan á cada uno en particular de la ignorancia en materia de religion, ni de la infinidad de pecados en que incurren; y de los que no piensan enmendarse ni arrepentirse por falta de aquella luz que podia aclarar su conciencia, ni de las falsas ideas que tienen de Dios, de su bondad, de su providencia, de su misericordia &c.: ideas que insensiblemente forman impresiones que duran tanto como la vida, ¿á que riesgos no se expone, señor, un jóven que entra en la carrera de esta vida sin estar sólidamente instruido en las verdades de la religion cristiana, y en las esenciales obligaciones que prescribe? Quando no se han adquirido mas que ideas generales; quando estas ideas no se han grabado sino muy ligeramente; quando la



memoria está despoblada de objetos , y el entendimiento no puede formar relaciones ni combinaciones , ¿ quan fácilmente se dexa seducir ? Un argumento sin mas solidez que la espuma que levanta el mar , le arrebatata la admiracion , le alucina y le precipita en la incredulidad. Vmd. mismo es testigo de ello. Si vmd. hubiera empleado en el estudio de la religion todo el tiempo , y toda la aplicacion que exige su importancia , no le hubieran pervertido esos libros que ha tenido la desgracia de leer.

Permítame vmd. decirle , señora , que esa expresion es demasiado fuerte , dixo D. Carlos. ¿ Yo pervertido , señora ? ¿ Pervertido por quatro dudas que se me ofrecen en asunto de religion ? Si señor , respondió Doña Isabela : ¿ le parece á vmd. poca perversidad dudar voluntariamente , ó adherir de propósito á las dudas que se le ofrecen al entendimiento sobre una verdad no mas de nuestra religion ? ¿ Atreverse á poner en duda lo que Dios ha dicho , no es insultarle



atrevidamente? La misma razon, esa razon de que hace vmd. tanto aprecio, ¿no le dicta á vmd. que Dios no puede engañarnos? ¿Y esto no basta para asegurarle de la verdad y certeza de lo que Dios ha dicho? Con que qualquiera duda hecha con ánimo deliberado es un crimen horrendo, una maldad detestable, un insulto..... No se enardezca vmd., señora, interrumpió D. Cárlos, porque esas mexillas de leche y rosa van tomando una fuerza de colorido que aviva mas mi ardor. Pero dígame vmd., señora, si gusta: quando la razon se halla entre dos verdades de fe, y estas verdades son enteramente opuestas, ¿que partido debe tomar? ¿no es preciso que vacile? Por exemplo: yo soy libre; esta es una verdad de fe y de sentimiento. Dios obra soberanamente sobre mi voluntad, y la maneja como quiere sin que yo le resista; esta es tambien otra verdad de fe: ¿como conciliaremos pues la libertad del hombre con esta voluntad eficaz de Dios, á



la que el hombre jamas resiste? La razon que no alcanza..... Ya le he dicho á vmd. poco hace que la razon es una luz demasiadamente débil para que nos sirva de guia , interrumpió Doña Isabela. ¿Pero en que consiste esta debilidad, preguntó D. Carlos? Yo se lo manifestaré á vmd. luego , respondió Doña Isabela ; pero antes quiero que me diga , ¿que es ésta razon de que se hace tanto alarde? La razon , dixo D. Carlos , no es otra cosa que nuestro entendimiento , nuestra facultad de pensar. Con que así , como no todos gozan de igual entendimiento , ni de igual facultad de pensar , replicó Doña Isabela , tampoco tendrán todos igual la razon ; y por consiguiente no puede ser ella una regla segura que nos dirija. Por exemplo : unos dicen que no hay providencia , otros confiesan que la hay : unos que la materia piensa , otros que es incapaz de pensar : unos que no hay recompensa para la virtud ni castigo para el vicio , otros que el vicio será casti-



gado y premiada la virtud &c.; con que esta razon particular no puede servirnos de norte, puesto que cada uno tiene la suya á su modo. Yo no digo que la razon particular de cada uno deba servir de regla, replicó D. Cárlos, sino la razon universal..... Muy bien, acudió Doña Isabela: pues si esa razon universal es la regla, es preciso que desde el primer hombre hasta nosotros haya sido siempre una misma; que todos los filósofos hayan pensado siempre de un mismo modo; que no haya jamas habido una secta diferente de otra: asi como no se ve ninguna desemejanza en las imágenes que se forman en un mismo molde. Señora, vml. me embaraza de modo que no sé como desenredarme, dixo D. Cárlos: sírvase vmd. decirme pues lo que es esta razon, y sáqueme de este laberinto en que me hallo.

Al tiempo que iba á responderle, Ramona, una de las dos criadas que estaban al otro extremo de la sala, se llegó corriendo á Doña Isabela, y le



dixo : señorita , una gran polvareda se ve por el camino , y creo que es el coche del señor marques que viene volando . ¡ Válgame Dios , y que hombre tan importuno , exclamó Doña Isabela ! Anda ve , avisa á mi tia . No puede vmd. pensar , D. Carlos , quanto me incomoda este hombre . A breve rato iba gritando la tia por la sala inmediata : Isabela , Isabela , el marques apea ya del coche , ya sube ; ¡ con que ligereza sube ! ¿ Pues no he de subir ligero , mi señora Doña Eufracia , dixo al punto que entraba en la sala , si vengo á tener el gusto de ponerme á la disposicion de vmd. y á los pies de la que me ha robado el alma ? Señorita , prosiguió dirigiéndose á Doña Isabela , y haciéndole una cortesía á la francesa : me alegro de verla á vmd. tan llena de atractivos . Caballero , volviéndose á D. Carlos ; beso á vmd. la mano .

Despues de haber correspondido todos á estos cumplimientos , le dixo Doña Eufracia : vendrá vmd. cansado .



No, respondió; seis horitas hay de aquí á la ciudad, y no hemos gastado mas que seis quartos, y sin embargo, no estoy cansado. Los caballitos lo han trabajado bien: parece que sabian los deseos que su dueño tenia de llegar pronto á disfrutar de tan deliciosa compañía, ¿Y que hay de nuevo en la ciudad, le preguntó Doña Eufracia? Nada sé, respondió: no he leído el diario; ni los ciegos parece que anunciaban ninguna cosa nueva. ¿Que á que hora ha salido vmd., le volvió á preguntar Doña Eufracia? La cuenta es clara, respondió sacando el relox; tenemos las ocho y media, seis horas que hay de camino, y seis quartos que hemos gastado, con que cabalito habré salido á las siete, ¿no es eso? Mas ¿como está vmd. tan silenciosa, señorita, le preguntó á Doña Isabela? ¿Se ha levantado vmd. de mal humor? Jamas lo tengo malo, le respondió: y quando lo tuviera lo disimularia en presencia de vmds., como pide la buena crianza. Pues yo, dixo el mar-



ques, sí que lo tengo á veces malo, muy malo; y entonces nadie se me ponga delante, porque diré quatro frescas al lucero del alba. Una de las cosas que mas contribuyen á engendrar mal humor, prosiguió Doña Isabela, es obstinarse en alcanzar imposibles, porque entonces por todas partes no se encuentran sino contradicciones, obstáculos, y penas y dolores. Quando se moderan los deseos, y las pasiones se sujetan á la razon, el ánimo goza entonces de un perfecto reposo, todos los movimientos del cuerpo corresponden á esta quietud interior, y no se profiere una expresion, una palabra que disuene de la suave armonía de los pensamientos. Si uno hubiera de andarse siempre poniendo co- to á sus deseos y freno á sus pasiones, dixo el marques, eso seria un vivir muriendo: lo que importa, señorita, es vivir, vivir y gozar de los placeres que se nos ofrecen, que despues vendrá la muerte y todo se acabó. De este modo nada sacaremos sino lo que nos habre-



mos divertido. Y quando vmd. comparezca ante el trono del Juez supremo con ese depósito de divertimientos, ¿que recompensa tendrá vmd., le preguntó Doña Isabela? Eso, señora, ¿quien sabe, respondió? ¿Y con ese *quien sabe*, bien puede vmd. vivir tranquilo, dixo Doña Isabela? No hay estado mas inquieto para el hombre que el de la incertidumbre. Un reo incierto de la sentencia que le ha de caber, no puede estar sosegado; ni un caminante extraviado en una noche obscura, que no sabe si el camino que lleva le conduce al precipicio, puede marchar con tranquilidad. ¿Como podrá pues tener paz el que está incierto entre dos suertes infinitamente desiguales quales son, ó la nada ó el fuego eterno? Porque ese *quien sabe*, ¿á que se reduce sino á dudar si el término del hombre será convertirse en nada, ó entrar en el abismo de la eternidad?

Demasiado seria es esta conversacion para quien ha venido á pasar un



dia alegre en compañía de vmd., señorita, dixo el marques. ¿No le parece á vmd. que digo bien, mi señora Doña Eufracia? Ya se ve, respondió: mudemos de asunto; y si gustan vmds. podemos dar un paseo, puesto que el cielo está cubierto y la mañana es fresca. Lindo pensamiento, exclamó el marques levantándose el primero. Siento no poder acompañar á vmds., dixo D. Carlos, que hasta entonces no habia hablado palabra. ¿No gusta vmd. de acompañarnos? le preguntó Doña Eufracia; gustaria en extremo, señora, respondió, pero es preciso retirarme. El mismo cumplimiento le hicieron friamente Doña Isabela y el marques; aquella por disimular, y este porque no gustaba sino quedarse solo con la tia y la sobrina. Marchóse pues D. Carlos, y puesto el marques en medio de estas dos señoras dieron principio al paseo.

Dos bellas casas se distinguían entre las que formaban una calle larga y espaciosa de cierta aldea, adonde se ha-



bian recogido muchas familias desde que los franceses ocuparon la capital: una era la de D. Cárlos, situada á la mitad de la cãlle, y otra la que habitaba Doña Eufracia, y se levantaba al extremo de ella por la parte que salia al campo. Y aunque en este tiempo se hallaba ya libre todo el reyno, y casi todas las familias se habian restituido á sus casas, la de Doña Eufracia y la de D. Cárlos no pensaban marchar aun. D. Cárlos tenia en esta aldea sus mas ricas posesiones, y todos los habitantes le amaban y respetaban como á su padre y bienhechor. Su familia se reducía á tres criados y una muger anciana, que desde muy niña habia entrado á servir en casa de sus padres: estos habian muerto ya, y él era el hijo único que quedaba. Doña Eufracia no tenia alli heredad alguna, ni aun la casa que habitaba era suya, sino que se la habian franqueado, quando en compañía de su sobrina, un criado y dos criadas huyó de su patria y de su reyno, por evitar



las injustas vexaciones de los franceses: mas á poco tiempo que estaba en este ocuparon tambien la capital. Entre las familias que se retiraron á la misma aldea habia muchas personas de calidad, algunas de las quales concurrían á casa de Doña Eufracia por el gusto de ver y de oír á su sobrina; y aunque no sabian quien era, hubo sin embargo muchos que la pretendían por esposa. Uno de estos era D. Carlos; pero quien lo habia tomado con el mas vivo empeño era el marques de Hondovalle, el qual no la dexaba á sol ni á sombra quando estaba en la misma aldea, y aun despues que se restituyó á la ciudad inmediata, de donde era natural, le hacia frecuentes visitas.

Habiendo pues dado principio al paseo, dixo el marques: y bien señorita, ¿ como se encuentra ese ánimo? ¿ Tendré el gusto de alcanzar esa bella mano? ¿ Y que gusto podrá vmd. tener de alcanzar mi mano si no alcanza el corazon? respondió Doña Isabela. Tras



lo uno vendrá lo otro, respondió el marques: deme vmd. la mano que el corazon yo me lo conquistaré. No, replicó Doña Isabela, conquistelo vmd. antes que la mano cederá despues con gusto. Hablemos con franqueza, señor marques; vmd. podia estar bien desengañado, y podia tambien evitar estas importunidades que me disgustan por extremo. Que sea vmd. noble, que sea rico, que esté realmente dotado de quantas bellas qualidades se le quieran conceder, eso servirá para que yo use con vmd. de aquellas atenciones que corresponden á mi educacion; mas no de aquellos sentimientos que no tengo. Por Dios le suplico á vmd. que no dé ya ningun paso mas en este asunto: otra muger podrá hacerle á vmd. feliz, y serlo ella tambien; pero yo.... Vmd., señora, interrumpió el marques, es la que puede hacerme feliz y ninguna otra mas. Yo no, replicó Doña Isabela, ni tampoco serlo en compañía de vmd.: su carácter es enteramente opuesto al mio. Disimu-



le vmd., porque no es tiempo ya de reservas. Vmd. ha tenido una educacion muy mala : acostumbrado desde su infancia á obtener quanto se le antojaba, fueron creciendo sus deseos á proporcion de la facilidad con que los satisfacian. Pero era preciso que llegasen ocasiones en que no pudiera satisfacerlos, que esta imposibilidad los irritase mas, que de esta irritacion varias veces repetida se le fuera formando un genio duro y fiero, y que á este genio se juntase un ayre imperioso, una mirada feroz, y un tono amenazador. Cabalmente, señora, dixo entonces el marques, no hay genio mas alegre, mas abierto ni mas placentero que el mio. En las tertulias, replicó Doña Isabela; pero que digan sus domésticos las amargas imperinencias que tienen que aguantar, y los arrebatos de esa negra bilis que ya no es vmd. dueño de reprimir.

Y ademas ¿ que instruccion tiene vmd.? ¿ La que le han dado esos libros de amor que lee continuamente y que



debían quemarse por mano del verdugo? Bien sabe vmd. que le volví secamente la espalda quando quiso contar-me un pasage licencioso de tales libros; y bien puede acordarse tambien de que quando en la chimenea tuvo vmd. la impudencia de enseñarme una lámina obscena, le arrebaté el libro de las manos y lo arrojé al fuego. Este libertinage y las impiedades que ha aprendido vmd. del trato con algunos oficiales franceses forman todo el aparato de su erudicion. No se le puede negar á vmd. que toca bien una flauta y una bandurria, que manifiesta su ligereza y garbo en el bayle, que monta un caballo con destreza y con gracia; pero todas estas prendas podrán grangearle la estimacion y afecto de esas damas que tienen por aseo la profanidad de su trage, por marcialidad el ayre lascivo de sus pasos, y por despejo la indecente libertad de sus movimientos, y cuya lectura se reduce á quatro novelas amorosas, y á otros tantos cuentos innodestos, mas no



á mí. En suma, señor marques; yo no seré jamas su esposa.

Dicho esto calló, y todos guardaron silencio por largo espacio hasta que el marques dixo: si á vmds. les parece podemos volver á casa. Como vmd. disponga, contestó Doña Eufracia. Con esto tomaron la vuelta, y sin interrumpir el silencio llegaron á casa. Mientras que Doña Eufracia y Doña Isabela subian á la sala, se llegó el marques al cochero y le mandó que pusiera el coche, y subiendo inmediatamente arriba, les dixo: señoras, yo no tengo ya que hacer aqui, me marchó á la ciudad. ¿Pues y eso? dixerón á un tiempo mismo la tia y la sobrina. Eso no corresponde, señor marques, prosiguió Doña Eufracia: ¿vmd. ha venido á pasar el dia con nosotras y quiere marchar ahora sin comer? Me serviria de veneno si comiera un bocado, respondió. ¿Pero que tiene que ver lo uno con lo otro? replicó Doña Eufracia. Sosiéguese vmd., y á la tarde.... No, nadie se



oponga á mi resolucion , interrumpió con tono imperioso. Haga vmd. pues lo que quiera , dixo Doña Eufracia con gravedad : y con esto , haciendo el marques una media cortesía , se despidió.

Luego que vieron partir el coche, dixo Doña Isabela : si este caballero estuviera bien educado no usaria de semejantes groserías , ni se dexaria arrebatar tan ligeramente de sus pasiones, ni hubiera tampoco llegado á este extremo ; pues á la primera vez que le desengañé habria desistido de su empeño ; mas se obstinó en navegar contra el viento. Pero tú le has dado una repulsa muy cruel , le dixo su tia ; yo no hubiera tenido ánimo para tanto. Pero mi tia , dixo Doña Isabela : si le he dicho infinitas veces que jamas lograria su pretension : si me he valido de que sé yo quantos pretextos , y he usado de mil inurbanidades para que dexara de importunarme : yo no podia explicarme de otro modo. Aunque yo hubiera de casarme , no lo haria con ninguno de



esos caballeros, cuyo patrimonio parece que es la ociosidad. De la cama á las tiendas, de las tiendas á la mesa, de la mesa á los cafes, de los cafes al paseo, del paseo á la comedia; este es el círculo vicioso por donde gira la rueda de su vida. Piensan que la nobleza y las riquezas les dan privilegio para no trabajar; pero se engañan. El trabajo es una obligacion indispensable al hombre que vive en sociedad: rico ó pobre, noble ó plebeyo, es un pícaro si no trabaja. Ahí tiene vmd. á D. Carlos: á fe que es bien rico y muy noble; pero ¿como emplea su vida? Siempre en los libros, de manera que, segun dicen, es uno de los mas hábiles matemáticos; ha viajado por varios paises, ha adquirido una infinidad de conocimientos útiles, y emplea sus talentos en bien de la sociedad: sus riquezas las hace servir, no para el luxo y la vanidad, no para el fausto y los placeres, sino para el socorro de los pobres, y para dar la mano á los caidos. ¿Que diferencia de



hombre á hombre! El marques inquieto, bullicioso y loquaz, erguida la cabeza por una arrogancia fastidiosa, los ojos siempre errantes de un objeto en otro con una alegría turbulenta, que solo sirve para disimular sus interiores inquietudes. D. Cárlos habla poco, y casi nunca rie: la dulce melancolía que se nota en su semblante, y la suave expresion de sus ojos manifiestan la tranquilidad de su alma y la moderacion de sus pensamientos. ¿Que no se dice de la elevacion de su alma, de la delicadeza de sus pensamientos, de su finura en el discurrir, y sobre todo de la modestia con que piensa de sí mismo? Jamas se ha visto en él aquella vanidad y obstinacion que de ordinario se mezclan en las disputas; siempre se le ha visto proceder de buena fe en busca de la verdad, cediendo con moderacion al dictamen de otro, antes que sostener el suyo con tenacidad. En efecto, dixo la tia, D. Cárlos es un hombre que á una singular modestia junta un espíritu su-



blime ; pero el marques un atolondrado, un esclavo de sus pasiones. Con esto llamaron á comer y mudaron de conversacion.

Por la tarde , apenas llegó la hora de pasear marchó D. Cárlos á casa de Doña Eufracia , como tenia costumbre. Muy corta ha sido la visita del marques , dixo luego que entró en la sala: yo creí que habia venido con ánimo de pasar aqui todo el dia , y asi pienso que lo dixo ; por eso extrañé verlo partir á deshora. Le habrá ocurrido algun negocio de importancia , que estos señores suelen tener muchos. Sí , respondió Doña Isabela : *la noche en dormir , y el dia en hacer nada....* Isabela , basta , interrumpió su tia : bastante abochornado se ha ido el pobre marques. ¿ Y por donde ha de ser el paseo esta tarde , señor D. Cárlos ? Podemos ir á la fuente del Salto , dixo Doña Isabela , que es el parage mas delicioso. Tienes razon , hija , replicó su tia , no he visto otro mas divertido. En efecto que es bellissimo,



añadió D. Cárlos : vamos pues allá.

Apenas entraron en la senda que conduce á la fuente cogió Doña Isabela una flor muy hermosa que halló al paso, y dixo: ¿mi tia, vmd. que se ha dedicado al estudio de la historia natural me sabrá decir como se ha formado esta flor? ¿y como una semilla tan pequeña ha producido estas hojas tan delicadas, estos colores tan finos y este olor tan agradable? Yo, hija mia, respondió, te diré las partes de que consta, pero mi razon no alcanza el modo como se ha formado. ¿Y la de vmd. lo alcanza? le preguntó á D. Cárlos. Tampoco, respondió. Pero sin embargo volvió á preguntarle, ¿cree vmd. que existe tal flor? ¿Pues si la estoy viendo y palpando, dixo, no lo he de creer? ¿Como es pues, replicó, que cree vmd. la existencia de esta flor sin embargo de no saber como se ha formado, y se le ofrecen tantas dudas en ciertos puntos de religion, sin mas motivo que porque no puede comprehenderlos? Señor.



rita, dixo D. Cárlos : hablemos con claridad. Mis dudas no son como las del marques de Hondovalle , que esta mañana parece que aun dudaba si su fin seria como el de las bestias. Quando la fe no me dixera que la inteligencia del hombre es infinitamente superior á la de los brutos por el principio espiritual é inmortal que le anima, la misma razon me lo persuadiria hasta no poderlo dudar. "Que! (me diria yo á mí mismo con ese filósofo que vmd. llama mi predilecto) "yo puedo observar, "conocer los seres y sus relaciones; yo "puedo concebir lo que es órden, belleza, virtud; yo puedo contemplar "el universo, elevarme á la mano que "lo gobierna; yo puedo amar el bien, "practicarlo, ¿y me compararé á las "bestias? ; Alma abyecta! ; tu triste filosofía es la que te hace semejante á "ellas! O mas bien tu quieres envilecer "certe en vano, tu ingenio depone contra tus principios, tu corazon benéfico desmiente tu doctrina, y el abuso



“mismo de tus facultades prueba su excelencia á despecho tuyo.”

Dudas tan groseras como estas jamas han venido á perturbar mi corazon. Ni tampoco aquellas que llaman voluntarias que el entendimiento admite, y como que se complace en ellas satisfecho de encontrar motivos en que apoyarlas, porque yo creo firmísimamente quanto la iglesia me propone. ¿Pero no podré yo meditar y exâminar un punto que creo con firmeza, pero que nó comprehende la razon? Si estas son dudas, ó si lo son tambien los simples pensamientos contra la fe que procuro rechazar al instante, tales son mis dudas.

Me alegro de la mudanza, señor D. Cárlos, dixo Doña Isabela: hasta ahora no habia creido que sus dudas fuesen unos simples pensamientos no mas que vmd. procura rechazar al momento. Pero dexando á un lado que vmd. no debe exâminar los puntos de religion que no comprehende, por el



peligro á que le exponen las ilusiones del amor propio que se deleyta en encontrar apoyos á sus dudas : ilusiones capaces de convertir en dudas voluntarias esos que vmd. llama simples pensamientos , le reconvegno á vmd. con la pregunta que le hice esta mañana; esto es, *¿que razon es la que debe resolver esas dudas? ¿la de cada uno en particular ó la razon universal?* Tome vmd. de estas dos sendas la que quiera, en ambas encontrará obstáculos que le impidan el paso , como vmd. mismo ha confesado. Asi es, señora , respondió D. Cárlos, y por lo mismo espero que me diga vmd. cuál de estas dos razones debe ser nuestra guia , pues ya le he dicho á vmd. que no lo sé. Voy á satisfacerle al instante conforme á los conocimientos que debo á mi maestro, le dixo Doña Isabela (\*).

La razon, señor, no es ni el entendimiento ni la facultad de pensar;

(\*) Exâmen crítico de las obras de Bayle.



sino la compilacion de todas las verdades primitivas; me explicaré. La razon original, la razon por excelencia es la suprema inteligencia de Dios, y esta razon es el modelo de toda razon criada. El primer hombre como no tenia de suyo un entendimiento donde estuviesen grabadas todas las ideas de los seres sensibles, de las verdades abstractas y de los principios generales, tanto de especulacion como de práctica, fue preciso que toda esta suma de conocimientos, que es lo que propiamente se llama razon, la recibiera de la mano del Criador. Esta razon debia de ser sana y recta, porque no es posible que Dios, que es la fuente de todo bien, le diese una razon gastada. Vea vmd. pues ya en nuestro primer padre una como segunda razon universal, una segunda regla segura y recta, á la qual debe ajustarse la razon particular de todos los demas hombres. Todas estas luces y conocimientos primitivos que formaron la razon perfecta de Adan han ido descendiendo de unos



hombres en otros, y conservándose en las familias fieles como un sagrado depósito, hasta que por orden de Dios fueron compilados en una especie de código, qual es la sagrada Biblia: y he aquí el código de la verdadera razon.

Esta es la fuente purísima de donde han bebido los verdaderos sabios de todos los siglos y de todas las naciones: estos son aquellos escritos cuya magestad encanta á uno de los filósofos que vmd. mas celebra, cuya santidad habla á su corazon, y al lado de los quales son tan pequeños los libros de los filósofos con toda su pompa: este es el sagrado código donde se halla trazada la razon perfecta del primer hombre, qual es la que recibió del mismo Dios, y la que debe ser el modelo y la regla de la razon particular de cada hombre; y aqui es en fin adonde vmd. debe recurrir para desembarazarse de todas sus dudas, ó bien sean meros pensamientos contra la fe.

Confieso que no podia prever el tér-



mino adonde vendria vmd. á parar, dixo D. Cárlos; pero dígame vmd., señora, ¿y quando en ese código sagrado donde está la perfecta razon que debe ser mi guia encuentro nuevas dudas, que deberé yo hacer? Quando alli se me dice por una parte que el hombre es libre, y por otra que la voluntad eficaz de Dios maneja mi corazon sin que yo le resista, ¿que partido he de tomar quando no puedo conciliar estos extremos? Esta dificultad es la que propuse á vmd. esta mañana, y espero que me la resuelva.

Esta dificultad, respondió Doña Isabela, y otras de la misma clase jamas me han embarazado, ni tampoco deben embarazar á nadie. Disputen los teólogos quanto quieran, que lo que á nosotros toca en esta materia es creer tres cosas: 1.<sup>a</sup> que somos libres: 2.<sup>a</sup> que hay gracias suficientes á las quales resiste el hombre muchas veces: 3.<sup>a</sup> que hay gracias eficaces con las quales vence Dios la resistencia del corazon del



hombre sin dañar á su libertad. El modo de conciliar esta gracia con esta libertad téngalo vmd. por un misterio inexplicable, asi como lo es el de la Santísima Trinidad, y el de la Encarnacion &c., y sin embargo los creemos; ó asi como cree vmd. que hay flores, aunque no pueda comprehender como se forman. Pero al cabo, replicó D. Cárlos, no salimos de dudas aunque consultemos la Biblia, porque alli mismo las hallamos insolubles, á pesar de encontrarse alli la suprema y perfecta razon, á la qual debemos nivelar la nuestra. ¿Que hará mi razon particular quando no puede comprehender lo que aquella perfecta razon me dice? Cátenos vmd. aqui metidos en un abismo donde la razon se confunde y se extravía. Ningun abismo, respondió Doña Isabela, ninguna confusion, ningun extravío. Quando digo que la sagrada Biblia es el código de la verdadera razon, á la qual debemos ceñir la nuestra, entiendo la Biblia explicada segun la



tradicion y el juicio de la iglesia, no interpretada segun la razon particular, ó mas bien segun el espíritu privado de cada uno; porque este espíritu privado ha sido siempre un manantial impuro de heregías; y no hay ningun católico que no deteste el pernicioso dogma de los hereges, por el qual la razon particular ó el espíritu privado de cada uno se erige en juez de las sagradas Escrituras.

Hay ciertas materias en las que nuestra razon casi no tiene límites; otras en las que se ve reducida á términos mucho menos extensos; y otras en las que es sumamente limitada. En la metafísica, esto es, en la ciencia de las primeras verdades en todo género de conocimientos puede extenderse á una distancia casi infinita. *No hay efecto sin causa*: mire vmd. aqui una verdad metafísica. *En la cadena inmensa de causas que observamos, es preciso que subiendo de una en otra lleguemos á una causa primera.* = *La causa primera es*



*un Ser que existe por sí mismo. = Lo que existe por sí mismo es eterno. = Lo que es eterno es inmutable.* De estos principios y de otros casi infinitos tan evidentes como estos, ¿no puede inferir nuestra razon una serie casi infinita de consecuencias legítimas y verdaderas? No es asi en la fisica ó en el conocimiento de las cosas naturales, pues la razon no conoce la substancia íntima ó la esencia de ellas. ¿Quién es el que sabe, no digo la naturaleza del fuego ni del agua, mas ni la de una brizna de yerba? Y si tan estrechos son los límites de nuestra razon en órden á concebir la naturaleza de los seres criados, ¿será tan temeraria que quiera analizar, por decirlo así, los rayos de aquella luz inaccesible, penetrar los juicios de Dios, y sondear aquellos profundos misterios, que ni son visibles á nuestros ojos, ni palpables á nuestras manos, y que se escapan á todos nuestros sentidos? Acuértese vmd., señor, de lo que hablando de Dios dice su pre-



dilecto filósofo : "quanto mas me esfuerzo en contemplar su esencia infinita menos la comprehendo; pero ella existe, y esto me basta: quanto menos la concibo mas la adoro, me humillo y le digo: Ser de los seres, yo existo porque tú existes: meditarle continuamente es elevarme á mi origen. El uso mas digno de mi razon es anonadarse en tu presencia: el encanto de mi espíritu, el embeleso de mi debilidad es sentirme oprimido de tu grandeza." Anonade vmd. pues su razon quando Dios habla, y por mas incomprehensible que sea lo que dice, créalo sin meterse temerariamente en averiguaciones.

Con esto doblaron el cabo de un monte muy elevado y descubrieron la fuente que llaman del Salto, porque se despeña de mas de treinta pies de altura, y cae con furor sobre un peñasco enorme, desde donde se derrama por un valle cubierto de perpetuo verdor y guarnecido de frondosas arboledas. En



los pendientes, casi perpendiculares de aquellas montañas, donde el hombre no ha podido fixar el pie, se ven una multitud de vides silvestres que se entretexen por entre los árboles que encuentran al paso; árboles que no habiendo sentido jamas sobre sí el golpe de la segur crecen á su libertad, y forman figuras caprichosas mucho mas bellas que las de los jardines que el hombre contornea á su arbitrio. Allá se divisa una yedra tan antigua como las rocas por donde trepa, y cuyo verdor constante les da un esmalte maravilloso. La direccion del valle corre de norte á sur, y siendo su anchura de una extension considerable, el astro de la vida tiende en sosiego sus benéficos rayos por aquellas laderas, las calienta, las enxuga y las dispone de suerte, que en las que son inaccesibles muestra la naturaleza sus ricas galas; y en las que el hombre puede poner su mano y cultivarlas se ve una increíble multitud de espigas: y entonces es quando aquellas



desiguales superficies cubiertas de oro en unas partes, y esmaltadas de verde en otras, presentan la mas hermosa perspectiva.

Despues de haber contemplado largo rato las encantadoras bellezas de aquel valle tomaron la vuelta de la aldea, y á pocos pasos vieron venir por otra senda una muger montada en un asno, y dos hombres á pie que la acompañaban; el uno la iba sosteniendo por las espaldas, y el otro le refrescaba el rostro con un abanico. Todos llegaron á un mismo tiempo al término donde se cruzaban las dos sendas, y despues de haberse saludado cortesmente, preguntó Doña Isabela: ¿adonde llevan vmds. á esa pobre enferma? Su destino, respondió uno de los que la acompañaban, es al hospital de la ciudad; pero esta noche la hemos de dexar en ese pueblo para que mañana la conduzcan al otro que siga, porque está tan débil que no puede hacer mas que dos leguas de viage cada dia, una por la mañani-



ta y otra al caer la tarde. ¡Quan descaecida está, dixo D. Cárlos! Sí que lo está mucho, añadió Doña Eufracia: ¡pobrecita, y quan jóven! Pero el trabajo es, prosiguió Doña Isabela, que como aqui no hay hospital, no sabemos en donde la colocarán esta noche que esté con comodidad y tenga buena asistencia: podíamos recogerla en casa. Muy bien, hija mia, respondió su tia; como tu quieras. Dilate vmd. el corazon, pobrecita, dixo Doña Isabela á la enferma, que en casa no le faltará nada de quanto pueda contribuir á su salud. ¡Bendito sea Dios, respondió ella, que aun no se ha olvidado del todo de esta desgraciada! Dios que les pague, señoras, tan generosa caridad.

Doña Isabela no apartaba la vista de la enferma. Su juventud y su hermosura, que se traslucia por entre las sombras de la muerte que cubrian su rostro, le arrebatában toda su ternura. La frente despejada, las cejas arqueadas, los ojos que aun no habian perdi-



do del todo su fuego, su expresion y su viveza; las mexillas ajadas, pero sumamente finas, y algun tanto sonroseadas por el calor de la fiebre lenta que la consumia; los labios hermosamente contorneados, y que aun conservaban una ligera tintura de aquel carmin que las gracias habian derramado sobre ellos en otro tiempo; la parte del cuello que se descubria y excedia en blancura á la misma nieve; las manos descarnadas, pero hermosas y floxamente caidas sobre su regazo, todo atraia la atencion de Doña Isabela y todo excitaba su compasion.

Apenas llegaron á casa mandó que le aderezasen la cama en un quartito muy aseado que habia en lo mas retirado de ella. Desde entonces ya no permitió que nadie tocase á la enferma: apoyada en sus brazos y en los de una criada la conduxeron al quarto, y ella que apenas tenia aliento para hablar, solo iba diciendo: ¡Dios mio! ¡tanta bondad! ¡tanta bondad!



Colocada ya en la cama le dió por su misma mano una bebida espirituosa , y le dixo : hija , yo no sé quien es vmd. ; mas luego que la vi , y la vi en tanto desfallecimiento , no pude resistir á los sentimientos de ternura que su vista excitó en mi corazon. Ensanche vmd. el suyo , y piense que en mí tiene una hermana que nada omitirá de quanto pueda servir á su comodidad , á su regalo y á su salud ; y para que no tenga..... A este punto entró Doña Eufracia , y dixo : Isabela , cuida de animar á nuestra pobrecita huéspedada. Para eso le iba yo diciendo que en mí tendrá una hermana , y en vmd. una madre. Si hija , no lo dude vmd. , dixo Doña Eufracia : vmd. nos ha robado el corazon. Permitanme vmds. , dixo entonces la enferma , que les tome las manos , y las bese mil veces , y las bañe con estas lágrimas que no puedo contener. ; Dios mio ! la fuente de vuestras misericordias no se ha secado aun para esta infeliz.... ; En vmd. una hermana , prosiguió , apretando con-



tra sus labios la mano de Doña Isabela....! ; y en vmd. una madre, haciendo lo mismo con la de Doña Eufracia! Vamos, hija, dixo entonces esta señora, sosiéguese y descanse que estará fatigada; y piense solo en mirar por sí, y en que nada le faltará en esta casa. Con esto se salieron del quarto enternecidas, y la dexaron sola.

Quando les pareció que habia tenido bastante tiempo para descansar, y que ya debia tomar alimento, volvieron al quarto en compañía del médico que Doña Isabela habia mandado llamar. Despues de haberle tomado el pulso y hecho las preguntas que le parecieron oportunas, y observado quanto le pareció digno de observacion dixo: que su enfermedad era mas del espíritu que del cuerpo: que de sus continuas cavilaciones provenian las vigiliass, la inapetencia y la debilidad en que estaba, y que el principal remedio de todos estos males era poner freno á su imaginacion. Esto, añadió, le toca ha-



cer á vmd.; en lo demas haré quanto alcancen mis luces. Despues de haber prescrito el régimen que debia observarse se despidió.

No bien hubo amanecido el dia siguiente quando Doña Isabela , haciendo retirar á la criada que habia velado, entró en el quarto para darle por su misma mano lo que habia ordenado el médico , y la encontró vestida é incorporada en la cama. ¿Pues y eso, hija, le preguntó? Estoy prevenida ya para marchar porque no gusto que me esperen. ¿Que vmd. adonde piensa ir, le replicó? ¿No me han de llevar al pueblo inmediato, señora, le contestó? ¿No le diximos anoche, prosiguió Doña Isabela, que estaria vmd. en esta casa todo el tiempo de su enfermedad, y que no le faltará nada de quanto conduzca á su salud? Señora, le respondió; como tengo la cabeza tan débil, luego que he despertado esta mañana me he puesto á pensar, si lo que me sucedió ayer en el encuentro de vmds. ha sido sueño ó rea-



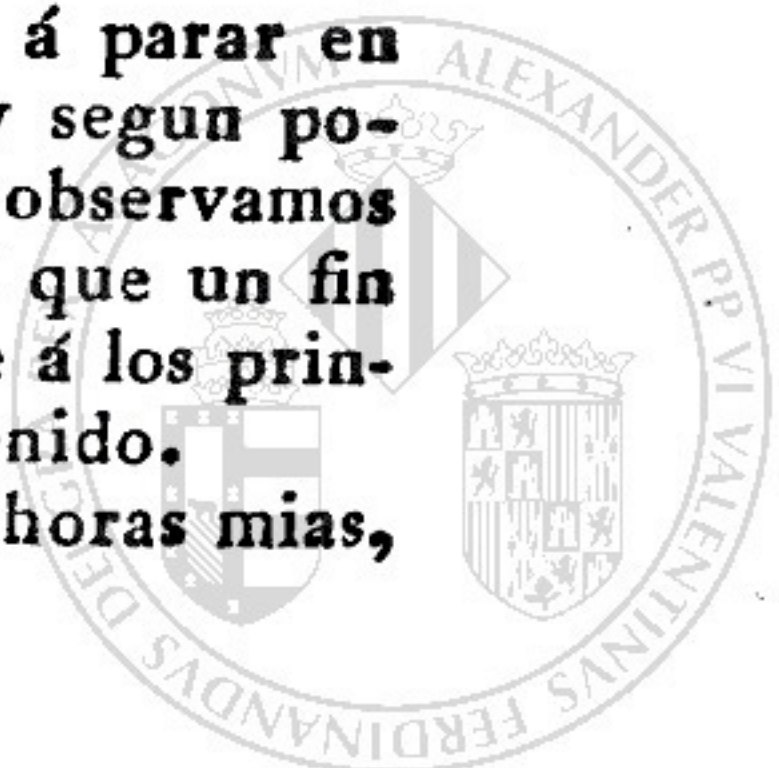
lidad; y como soy tan desventurada jamas he podido persuadirme que fuese realidad, y me he prevenido para partir quando me llamasen. No es sueño, hija mia, no es sueño, le dixo Doña Isabela: pero ¿vmd. ha dormido algun poco eh? Si señora, respondió; y un poco mas de lo que acostumbro. Me alegro infinito, replicó Doña Isabela; vuelva pues á acostarse, y vea si puede conciliar otra vez el sueño, que es lo que mas importa para su salud. Pero, amable señora, le preguntó la enferma; ¿como es que vmd. toma tantas incomodidades por mí? No, hija, le respondió: lo que se hace con gusto no incomoda; duerma vmd. que ya volveré yo á su tiempo.

A las ocho volvió en compañía de su tia, y hallándola despierta le preguntaron, si habia dormido, y si se encontraba mas esforzada. Algo mas esforzada parece que estoy, respondió; pero estos esfuerzos no son mas que momentaneos: si concibo alguna espe-



ranza de salud se desvanece tan pronto como un relámpago. Mas ahora que me siento algo mas avigorada permítanme vmds. que aproveche estos momentos, y dé una prueba de mi reconocimiento á los favores inestimables que vmds. me estan haciendo. Vmds. llevadas del impulso de su generosidad han abrigado en su casa, y aun en su corazon, á una incógnita, sin averiguar.... Hija, la interrumpió Doña Eufracia, la miserable situacion en que vimos á vmd., y que sé yo que mas, nos arrebató nuestra compasion: quanto mas desgraciada haya vmd. sido mas nos compadeceremos, y nada podrá entibiar una ternura cuyo origen es la caridad. Cierto que gustaremos de saber quien es vmd., y por que pasos ha venido á parar en una situacion tan infeliz; y segun podemos concebir por lo que observamos en vmd., nos persuadimos á que un fin tan miserable no corresponde á los principios que debe de haber tenido.

Asi es, amables bienhechoras mias,





asi es , respondió. Mi nacimiento es ilustre , mi nombre Teresa , mi apellido Rebolledo , mi educacion qual correspondia á mi nacimiento. Llegué á los quince años de edad , y me casé con un caballero tan rico y tan noble como yo , y de tanta probidad que yo me tenia por la muger mas feliz del mundo , y él pensaba igualmente que en mí habia logrado toda la felicidad que podia desear. Ambos éramos sumamente felices ; pero en breve tiempo venimos á ser los mas desgraciados.

Los franceses ocupaban una parte del reyno , los españoles otra , y la villa de \*\*\* donde viviamos nosotros , y de donde éramos naturales , estuvo algun tiempo en la situacion mas peligrosa , pues se hallaba entre dos exércitos enemigos. Ya entraban en ella los franceses , ya entraban los españoles ; y los tristes habitantes nunca osaban decidirse por ningun partido , á causa de las crueles extorsiones que hacian á los que tenian la imprudencia de declararse



abiertamente. Pero un dia acometieron los españoles con tanto ímpetu y valentía que causaron gran pérdida á los franceses, y los hicieron retirar muchas leguas. El ejército vencedor quedó dueño de nuestra villa, y como verdaderos españoles procuramos hacer quantas demostraciones supimos para manifestar la alegría que nos cabia; mas ¡quan en daño nuestro! De alli á pocos dias, reforzados los franceses embistieron á los españoles con tanta furia que los derrotaron enteramente.

¡Quien es capaz de contar los extragos que hicieron quando entraron victoriosos en aquella desgraciada villa! Diéronla á saco.... ¡Dios mio que terror! Los alaridos de las gentes y las llamas de las casas incendiadas llegaban hasta el cielo. Mi esposo y yo andábamos corriendo por casa desconsolados, y sin saber donde escondernos: los criados iban igualmente llenos de terror buscando un asilo que no era posible encontrar: nos asomábamos inde-



liberadamente á uno y otro balcon como para implorar socorro, y veiamos las calles inundadas de sangre, y la bárbara soldadesca correr furiosamente por todas partes para saciar á un tiempo su crueldad, su avaricia, y lo que la modestia no me permite nombrar. De repente oimos un tropel por la escalera, entran en la sala, y matan á mi esposo: yo le vi caer muerto á mi lado, y yo caí desmayada al verle.

Quando volví de mi desmayo y pude abrir los ojos, vi las solas paredes y algunos muebles por tierra hechos pedazos. Paré oídos por sí habia alguna gente en casa, y observé un silencio que me llenó de horror. Corrí toda la casa y vi que la habian saqueado toda. ¡Que habia yo de hacer entonces! Yo me hallaba soia, los rastros de sangre que veia por las salas helaban la mia; y mi corazon se hallaba oprimido de tal modo que ni una lágrima podia derramar siquiera para desahogarme.

En medio de aquel silencio abso-



luto, mil veces mas temible que la misma muerte, penetrada del dolor mas duro, y ya casi á punto de espirar, me asomo á una galería que miraba al jardin, tiendo la vista hácia las ventanas de las casas vecinas, y en una de la del lado veo una muger en la actitud mas triste. Era de mucha honradez, algo entrada ya en edad y bastante hacendada. Llaméla con voz baxa, y despues de contarnos en breves palabras nuestras desgracias, me dixo que las tropas habian marchado ya, y no quedaban sino muy pocos soldados; que se habia publicado un bando para que todos estuviesen tranquilos, y que ningun soldado incomodase á nadie ya baxo la pena de muerte; pero yo, añadió, no quiero permanecer aquí; porque ¿como he de vivir sin padre, sin hijos y sin esposo, y sin tener un bocado que ponerme en la boca?

Yo queria preguntarle por mis padres, pero me retraia el temor de una respuesta que pusiera el colmo á mis



desgracias , pero al fin me resolví. En dia tan terrible , me respondió , en un dia de furor y de venganza , ¿ que podia suceder á unos señores que tan generosamente se han portado á favor de la justa causa ? Una de las casas incendiadas ha sido la de sus padres , y ellos han perecido entre las llamas. No sé como pudo mi corazon resistir á tanta avenida de males , y males tan acerbos.

Como la muger me dixo que no queria permanecer alli , le pregunté : ¿ pues y que piensa vmd. hacer ahora ? Marchar á otras tierras que esten libres de estos enemigos , me respondió , y pedir limosna por las puertas. Yo la seguiré á vmd. le dixé. ¿ Vmd. , señorita , tan delicada ? me preguntó. Sí , le respondí ; aunque muera en el camino : solo me da pena este vestido ; ¿ si tuviera vmd. alguno que mudarme ? Uno mio han dexado por no haberles parecido bueno , me dixo : si lo es para vmd. se lo pasaré al instante.

Aquella buena muger vino á mi ca-



sa con el vestido , y me lo puse inmediatamente. ¿Y quando hemos de partir ? le pregunté. Yo estoy en un tan recio desmayo que apenas puedo tenerme. Algunas casas han quedado libres del saqueo , y son las de quienes se ha sospechado siempre que eran del partido frances. Si tiene vmd. algun dinero , porque yo no tengo ni un ochavo , iré á ver si quieren venderme alguna cosa , y tendrá vmd. con que recobrase ahora , y tambien para el camino. Yo metí la mano en la faltriquera y encontré algunas monedas de plata , que extrañé muchísimo que no me hubiesen quitado. Con esto nos socorrimos entonces , é hicimos provision para el viaje que emprendimos al otro dia por la mañana.

Los trabajos que yo sufrí huyendo siempre por montes y veredas excusadas , no podré decirlo. Al cabo de muchos dias , quando ya me sentia con algo de calentura , llegamos al primer pueblo de este reyno que nos dixeron



estaba ya libre de franceses ; mas para colmo de nuestros males nos prendieron por espías. Ya estábamos en la cárcel quatro ó cinco dias , y aun no habia venido nadie á requerirnos : pero como la calentura se aumentaba , y yo iba empeorando por instantes, supliqué al carcelero que fuese á casa del señor cura y del médico , y les dixera que por amor de Dios viniesen á ver una pobre enferma que necesitaba de su consuelo. El piadoso carcelero lo hizo de modo que al momento vinieron aquellos señores. No sé qual de los dos fue para mí mas afable ni mas compasivo. Quando para disipar las sospechas que habian formado de nosotras les conté mis desgracias , se enternecieron tanto que mezclaron sus lágrimas con las mias. En suma , ellos alcanzaron nuestra libertad : á mi compañera le buscaron una casa donde la admitieron por criada ; pero yo como estaba enferma , y alli no habia hospital , dispusieron que de pueblo en pueblo me conduxeran al de la



ciudad mas inmediata: y asi es como el Señor, compadecido de mis males, me ha traído á esta casa donde he encontrado una madre y una hermana....

Aqui se enterneció de manera que no pudo proferir ya otra palabra. Doña Isabela se arrojó á sus brazos deshecha en lágrimas, dióle el mas suave y amoroso beso, y entre sollozos y suspiros le dixo: sí, amable jóven, digna de mejor suerte; una hermana tiene vmd. en mí que se desvivirá para darle todo consuelo. Y en mí una madre, añadió Doña Eufracia: asi pudiéramos nosotras reparar todos los daños que le han causado esos enemigos; pero crea vmd., hija mia, añadió dándola un tierno abrazo, que nosotras jamas la abandonaremos: vmd. estará con nosotras mientras viva.

Poco despues de acabada esta escena llegó el médico. Doña Isabela le conoció al instante por el tono de la voz, y saliendo á encontrarle á la escalera, le informó en breve de la calidad de la



enferma y de sus desgracias. El médico entró en el cuarto, y aunque la halló con el ánimo algo agitado, dixo que la calentura se habia remitido algun tanto, que guardase cama y continuara el régimen que tenia ordenado; pero sobre todo le encargó que desviase su imaginacion de objetos que pudieran afligirla, y para esto encargó á Doña Isabela que no la dexasen nunca sola, y cuidasen de entretenerla con conversaciones ligeras y divertidas.

Doña Isabela cumplió perfectamente con el encargo del médico, y como habia tomado tanto interes por la enferma, y queria que todos la amasen, y que á todos hiciesen lástima los males que la habian abismado en el miserable estado en que la veian, apenas llegó D. Carlos le enteró exâctamente de todo, le dixo que se encontraba mejor, y que el médico habia encargado que no la dexasen sola. D. Carlos, tan compasivo como atento, entró inmediatamente á verla.



Tres enhorabuenas tengo que darle á vmd., le dixo antes de tomar asiento. ¿ Enhorabuenas á mí, señor? preguntó la enferma. Si señora: la primera por hallarse vmd. mejor; la segunda por estar al cuidado de estas señoras que son todo caridad; y la tercera porque la ama Dios á vmd., pues dicen que Dios aflige mas á quien mas ama. Tiene vmd. razon, caballero, contestó la enferma: no pensé que tales eran los motivos de esas norabuenas; pero las admito con gusto porque todo es así como vmd. dice: y si yo, apoyada en los principios de nuestra religion, no creyera que Dios lo dispone todo con su sabia Providencia; no sé, pero me he visto en términos que tal vez me hubiera abandonado desesperada á qualquier género de muerte.

Pero ¿ que providencia es esa? replicó D. Carlos, que..... Señora, dixo volviéndose á la enferma; yo la contemplo á vmd. bien cimentada en la creencia de nuestra religion. Descanse



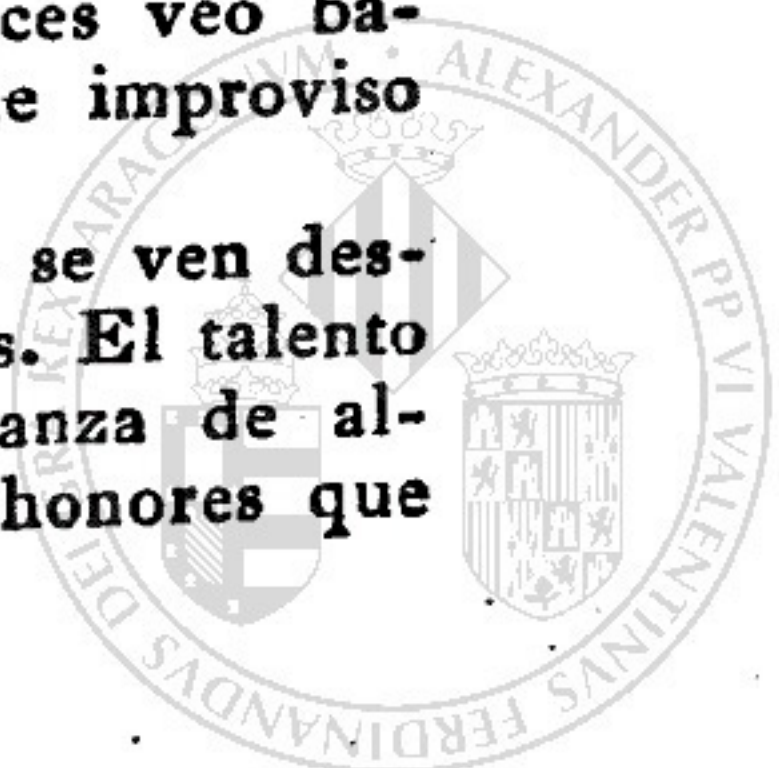
vmd. y diviértase no mas en oír, que yo quiero habérmelas con Doña Isabela. Ya sabe vmd. que en esas materias no le temo, respondió: diga vmd. lo que quiera, y divertiremos la imaginacion de mi querida enferma.

Digo pues, señora, prosiguió D. Carlos tomando asiento, que no comprendo como gobernando Dios el mundo con su altísima Providencia, haya tantas deformidades y tantos desórdenes asi en lo moral como en lo fisico. Ya sabe vmd. que yo tengo hechos varios y largos viages por el mundo, y he visto cosas que manifiestan no estar dirigidas por una mano sabia, sino por un capricho cruel. Acá veo reynar con frecuencia vientos tan violentos y abrasadores, que impiden la respiracion á hombres y animales, que producen enfermedades epidémicas y causan horribles mortandades: allá encuentro volcanes que vomitan humo, llamas y materias con tanta abundancia y con tanto ímpetu, que entierran baxo de su ar-



diente lava ciudades enteras , y cuyas erupciones violentas causan terremotos espantosos que destruyen quantas casas y edificios se ven en torno suyo hasta largas distancias : mas allá veo retroceder los rios y secarse , desaparecer de repente lagunas inmensas , arrancarse los árboles y las plantas , descortezarse la tierra , y dexar marchitas y secas las esperanzas del pobre labrador. Si entro en el mar observo nubes funestas , que formándose lentamente despiden ráfagas de viento tan violentas y furiosas que precipitan los baxeles al fondo del mar : á veces veo levantarse de repente las olas hasta las nubes , formar movimientos vortiginosos , tragarse los navíos , trastornar islas y sumergirlas ; y á veces veo baxarse el mar y aparecer de improvviso islas nunca vistas.

En el mundo moral no se ven desórdenes menos monstruosos. El talento y el saber viven sin esperanza de alcanzar los premios y los honores que





la indigna y sedienta ambicion usurpa á fuerza de baxezas : el orgullo entronizado apenas dexa comparecer en su presencia á la tímida modestia, sino despues de haberla hecho sufrir mil humillaciones insultantes : en una palabra, vemos colmados de honores á muchos infames por su educacion y carácter, que debian ir arrastrando como insectos despreciables por entre el cieno y podredumbre ; y aquellos cuyo fondo de honradez, de sobriedad y de prudencia podia servir de modelo á los demas, y ser las delicias de la humanidad, yacen abandonados á un sordo olvido. ¿ Por que esta señorita, feliz por verse al lado de un esposo que la adoraba, y mas feliz aun por la inocencia de sus deseos, ha tenido que sufrir golpes tan amargos hasta verse reducida al miserable estado en que la encontramos, mientras que una porcion de pícaros traydores á su patria, y abandonados sin vergüenza al libertinage y á la crueldad, estan gozando tranquila-



mente de sus bienes y de los que malignamente usarparon? Si esto es disposicion de una sabia mano ó de un injusto capricho, vmd. señora lo dirá.

Habla vmd. como acostumbra, señor D. Carlos, dixo Doña Isabela; esto es, con mucha gracia, pero nada prueba. Esa misma confusion, ese mismo desórden, esos accidentes funestos, esos trastornos de fortunas; la prosperidad de los malos, la opresion de los justos, todo entra en el plan que concibió el Señor en su mente divina, todo está en el órden de su sabia Providencia. Quando un arquitecto traza su diseño para la construccion de un grandioso palacio, amontona primero todos los materiales que han de entrar en la formacion de aquella grande obra. Aqui se ve un cúmulo de piedras brutas, tales como las han arrancado de las canteras; allá un enorme monton de yeso, acá otro de cal, mas allá otro de arena; aqui una porcion inmensa de madera amontonada sin aserrar ni pulir,



y así de lo demás. Los que ven toda esta confusión de materiales y no penetran la mente del arquitecto, se pasan, y no alcanzan el destino que ha de tener cada una de aquellas partes; solo el arquitecto sabe que todas ellas se ordenan á la perfección del edificio que tiene delineado. Lo mismo nos sucede á nosotros: Dios tiene formado su plan, por decirlo así, desde la eternidad. Su gloria, el establecimiento del reyno eterno de su Hijo, la santificación y salvación de sus elegidos que forman este reyno; he aquí todo este maravilloso plan. Su ejecución comenzó por la creación del mundo, se continúa todos los días, y no se consumará hasta el fin de los siglos. Las desgracias, las miserias tanto generales como particulares, los crímenes, las injusticias, las guerras, las sediciones, todo quanto sucede en el mundo así de bueno como de malo, todo sirve para embellecer y perfeccionar esta grande obra de Dios por el uso que hace de ello su



infinita sabiduría. Los que ven todas estas partes fuera de su lugar, sin saber el que deben ocupar, se escandalizan; y como no penetran los designios del arquitecto, atribuyen al capricho de la suerte lo que es obra de la sabia providencia de Dios. Adorémosla pues en todas las cosas asi prósperas como adversas, señor D. Cárlos, adorémosla en silencio que quando entremos en el gran dia de la eternidad, y veamos acabada la obra que Dios concibió en su mente eterna, entonces veremos el lugar que ocupa, y el oficio que hace cada una de estas partes que ahora nos parecen ú ociosas ó disformes.

Señorita, dixo á esta sazón D. Cárlos á la enferma, no presuma vmd. que yo soy algun incrédulo porque me ha visto proponer mis objeciones á Doña Isabela: yo estoy bien persuadido de que la providencia de Dios gobierna todo el mundo, que nada acontece sin su órden ó sin su permiso, y que si yo hablo ahora es porque Dios per-



mite que hable: de Dios han recibido, todas las criaturas el ser y el vivir, y por Dios son, y viven y se mueven todas. Pero como yo tengo gusto de oír á esta señora, por eso acostumbro objetarle algunos reparos sobre los mismos artículos que creo como verdadero cristiano. Tambien lo he tenido yo mucho de oír á vmds., dixo la enferma.... Sí, acudió Doña Isabela, pero habremos molestado á vmd. Antes por el contrario, me ha servido de diversion y muy útil, replicó la enferma; pues me confirmo mas en que la situacion en que me hallo entra en el plan de la Providencia, y que solo Dios sabe el lugar que ocuparán mis infortunios en esa grande obra que se comenzó por la creacion del mundo, se continúa sin interrupcion, y no se concluirá hasta la consumacion del tiempo, como vmd. nos ha dicho con tanta gracia. Lo agradezco, señorita mia, dixo Doña Isabela: asi la vea yo tan sana en el cuerpo como fina es en el alma. Con estas y otras



expresiones de urbanidad y de confianza se levantaron D. Carlos y Doña Isabela, aquel para retirarse á su casa, y esta para disponer lo que debia dársele á la enferma.

Aquella tarde salieron á pasear D. Carlos y Doña Eufracia solos con una criada. Doña Isabela dixo que no queria salir hasta que pudiera acompañarla tambien la enferma, y lo cumplió asi. De cada dia iba calmando aquella calentura lenta que daba mas cuidado á todos, hasta que al cabo de un mes la halló el médico enteramente libre y fuera de peligro. Doña Isabela comenzó entonces á cortar y coser por su misma mano algunos vestidos y demas ropa necesaria para la convaleciente, pero con tanto aseo y de tan buen gusto como si fuera para ella misma. Dió á las criadas y tambien á su tia las piezas que debian coser; de suerte que en breves dias quedó todo perfectamente concluido.

Quando se halló con bastantes fuer-



zas para salir de su habitacion y pasar á otra sala, á fin de explayarse y dar por ella algun paseo, le hizo poner un vestido muy fino, pero qual correspondia á su estado de viudez y de horfandad: despues la llevó á un armario muy gracioso, abriólo, y le dixo: esta es la ropa de vmd., mi amada Doña Teresa, como dueña usará vmd. de ella á su placer, y no hay que darme gracias; á Dios es á quien debe vmd. darlas solamente. Doña Teresa se sintió tan conmovida que hubo de apoyar su cabeza sobre el brazo de Doña Isabela que la sostenia, y sentarse al momento porque su corazon no podia resistir á los varios afectos que se le iban excitando. Las lágrimas y los sollozos fueron todas las expresiones con que correspondió á tan extraordinarias finezas.

Restablecida perfectamente, recobró tambien toda aquella gentileza y gracias que la naturaleza habia empleado para hacerla sumamente bella. Doña Eufracia y Doña Isabela no se can-



saban de mirarla, y de cada dia estaban mas contentas de haberla dado asilo en su casa, y exercitado en ella las oficiosas diligencias que les habia dictado la caridad, porque á su hermosura junta-  
ba una rara modestia, un carácter suave, un entendimiento despejado, un gra-  
cejo en el hablar, y un tono de voz tan dulce y armonioso que encantaba. Con esto volvió Doña Isabela á sus ordina-  
rios paseos, pues ya estaba Doña Te-  
resa en disposicion de acompañarla; pe-  
ro duró poco tiempo este gusto.

Era ya á fines de Setiembre; habian pasado tres meses desde el dia que encon-  
traron á la enferma y la recogieron en casa; y en este tiempo escribió y recibió Doña Isabela mas cartas que nunca, pe-  
ro nadie sabia ni podia traslucir el ob-  
jeto de esta correspondencia. Un jóven de aquella misma aldea, de mucha hon-  
radez y de una juiciosa reserva, era el mensajero. Llegó este una mañana con unas cartas que entregó á Doña Isabe-  
la reservadamente, como siempre lo ha-



bia hecho; leyólas, y callo. Por la tarde despues del paseo, en vez del rato de conversacion que solian tener, llamó á sus sirvientes Ramona, Bárbara y Ambrosio, hízoles sentar tambien, y dirigiéndose á D. Carlos, dixo: señor D. Carlos, se acabó ya el tiempo en que era preciso usar de reservas: voy á descorrer el velo y manifestarle á vmd. abiertamente quien soy yo, y quales los motivos que me conduxeron á esta aldea, donde he tenido el gusto y el honor de conocer á vmd. Yo no soy Doña Isabela Trilles, sino Sor Ines del Espíritu Santo, religiosa profesa del órden de Santa\*\*\*. D. Carlos quedó absorto al oir esto, y no hacia mas que mirar los semblantes de todos; Doña Teresa no estaba menos pasmada, y tenia fixos los ojos en Doña Isabela; pero como los demas se sonreian, dixo D. Carlos: ¿habla vmd. de veras, señora, ó quiere vmd. chancearse un rato? ¿Y en verdad que es vmd. monja profesa, le preguntó Doña Teresa? Sí, hija, le res-



pondió. Tengan vmds. paciencia de oírme, y verán quan de veras hablo.

No hay necesidad de decir que mis padres son nobles y ricos. Diéronme una educacion qual no podia darse mejor. Un eclesiástico grave y sabio que tenían en casa fue mi maestro; y aunque al principio quiso que me dedicase algun tiempo al estudio de la historia natural, pero quando ya tenia algunos conocimientos mas que medianos de esta ciencia, que tanto contribuye al conocimiento del Criador, hizo que me entregase al estudio de la religion. Como crecia en edad iba tambien creciendo en saber: de suerte que á los catorce años el nombre de Ines era célebre en toda la ciudad de N., de donde soy natural. Yo no sé ademas que gracias veian en mí, que en este tiempo habia muchos caballeros que aspiraban á mi mano, pero yo la tenia prometida á otro esposo mas digno.

En efecto yo no quise admitir ninguno, porque tenia fixos mis ojos y mi



corazon en aquel que habia elegido para mí. Mis padres me amaban con aquel amor que correspondia á la cristiana piedad de su carácter, y no quisieron oponerse jamas á mi vocacion. Asi es que el mismo dia que cumplia diez y ocho años de edad, tuve la dicha de vestir el santo hábito. Jamas he pasado año mas alegre que el del noviciado: ningun trabajo me parecia duro, ninguna penitencia austera, ninguna mortificacion gravosa; todo era para mí fácil y ligero; solo tuve que sufrir el sentimiento que me causó la muerte de mi maestro.

Quando se acercaba el tiempo de mi profesion, se habian apoderado ya los franceses de algunos reynos de España; pero algunas personas piadosas estaban persuadidas á que jamas llegarían á enseñorearse de aquella ciudad; con esta buena fe, y estimulada de los ardientes deseos que yo tenia de profesar, apenas llegó el dia preciso pronuncié mis votos al pie del altar. ¡ Que



dia tan feliz para mí! Los claustros me parecían estrechos para contener la alegría que inundaba mi corazón. ¡Oxala que aquel día hubiera sido el último de mi vida!

Quatro meses habían pasado desde mi profesión, sin que en todos ellos hubiera tenido ni un día que no me fuese alegre; quando de improviso vinieron á decirnos que los franceses habían rompido todos los puntos de defensa, y baxaban rápidamente á la ciudad. La consternacion y el terror se apoderó al momento de todas nosotras; y tanto mas quanto oíamos la confusion y el alboroto de las gentes que se apresuraban por huir. A todas nos faltaba el consejo, y ninguna sabia que partido tomar, pero luego vino órden para que cada una procurara salvarse del modo que pudiese. Abrazámonos unas á otras entre lágrimas y sollozos, y cada una marchó por su parte. Yo me recogí á casa de mis padres, me vestí como antes de tomar el hábito, y nos fuimos á un lugar



de corta poblacion distante de la ciudad, y en parage bien desviado.

Los franceses se apoderaron de ella, y dentro de breves dias expidieron una órden para que todos se restituyesen á sus casas, que viviesen tranquilos, que serian respetadas sus propiedades &c. Mis padres, temerosos de que les sobreviniera algun daño si no cumplieran con la órden, se volvieron á la ciudad, y yo marché tambien en su compañía; solo se quedó alli mi tia, que es la que está aqui presente. No muchos dias que habiamos llegado á casa quando vino á alojarse en ella un coronel de caballería, jóven y de gallarda presencia. Comenzó á obsequiarme, mas como yo no me apartaba nunca del lado de mis padres, parece que su presencia le imponia respeto, y jamas se le oyó ninguna expresion que no fuese conforme al decoro. Mostrábame la mas tierna aficion, y como, no sé por que conducto, habia llegado á saber que yo era monja, se dolia de que una señorita como yo, cu-



*ya beldad era seductora, y cuya discrecion excedia á su beldad, hubiera cometido el mayor de todos los desatinos, qual es el de encerrarse en un monasterio. Me he valido de estas expresiones, porque son las mismas que él usaba conmigo, sin duda para deslumbrarme y seducirme; mas yo siempre le correspondia con sequedad, y jamas podia lograr de mí ninguna contestacion que pudiera darle materia para largas conversaciones.*

Un dia que estaba yo con la labor al lado de mi madre se sentó junto á mí, y despues de algunas expresiones lisongeras, me dixo: que por disposicion del emperador, el mas ilustrado de todos los mortales, se habian abierto ya todos los monasterios de Alemania, de Italia y de Francia, y que se estaba haciendo lo mismo en España: que compadecido de las monjas como de unas esclavas infelices les daba libertad para casarse, pues los votos que habian proferido eran de ningun valor,



como contrarios al derecho natural, y que ni aun los sacerdotes estaban tenidos á las leyes del celibato: que efectivamente una multitud de frayles y de clérigos habian tomado el estado del matrimonio: que de Francia habian venido ya muchas monjas casadas con oficiales franceses, y que dentro de pocos dias sucederia lo mismo en España: y vmd., señorita, añadió, está destinada para esposa de un coronel frances. El cielo me confunda, le respondí, antes que yo cometa tan sacrílego atentado. Será, señorita, será, me replicó levantándose: asi está decretado ya, y los decretos de los franceses son irrevocables.

No podré ponderar á vmds. los dias tan amargos que pasé desde este fatal momento. Mis padres no sabian que hacerse para librarme del lazo que se me armaba: querian transportarme á otra parte, mas no era posible; los asistentes del coronel jamas me perdian de vista ni me dexaban salir de casa: no bus-



caba ningun ardid que no me fuera inútil: todas las puertas estaban cerradas á mi remedio; pero al paso que crecian las dificultades se hacia mas obstinada mi resistencia.

Una noche veo entrar seis granaderos armados y se llevan presos á mis padres. Yo caí desmayada en brazos de mis criadas Rita y Ursola, que son las mismas que ven vmds. aqui. ¿Pues no se llaman Ramona y Bárbara, preguntó D. Carlos? Tenga vmd. paciencia, respondió Sor Ines, que todo se aclarará. Quando volví del desmayo me hallé aun en sus brazos, pero observé que el coronel estaba junto á mí. Y qué, señor, le dixe anegada en lágrimas, ¿donde estan mis padres? ¿Asi corresponde vmd. á la honrada franqueza con que le tratan? Señorita, me respondió, no me haga vmd. esas reconvençiones. Yo siento una desgracia que no he sido capaz de impedir. Se ha sabido que sus padres de vmd. tienen inteligencia secreta con las tropas españolas, y es-



te es un delito de alta traycion. Todo mi valimiento para con el gobernador no ha podido estorbar una prision, que yo queria no fuera mas que un arresto en casa. Quando vmd. sea mi esposa, que lo ha de ser en breve, podrá ser que las lágrimas de una jóven coronela inclinen á la piedad el ánimo del gobernador. ¡Ah! señor, le dixé yo entonces con toda la energía de que era capaz; no es el delito de mis padres esa inteligencia secreta que vmd. dice: eso no es mas que un colorido honesto que se quiere dar á la tropelía que se ha usado con ellos: su delito es mi resistencia á las sollicitaciones de vmd. Mas si este es su delito, bien pueden condenarlos á la pena que quieran, que yo jamas tendré otro esposo del que tengo. A vmd. se le disiparán esas preocupaciones ridículas, me replicó, será vmd. mi esposa, y á sus padres se les dará libertad. Sosiéguese vmd., mire por sí, y ceda con docilidad á una fuerza que no puede contrastar.



Rita y Ursola comenzaron á consolarme; pero su consuelo me fue muy cruel. Me figuré que las habian seducido y que me eran traydoras, pues todas sus expresiones se reducian á persuadirme que bien podia dar la mano de esposa al coronel, puesto que se habian abierto ya para siempre las puertas de los monasterios, y que no estaban obligadas ya las monjas á cumplir sus votos: quanto mas que con ello aseguraba la libertad de mis padres. Yo entonces no hice mas que lanzar sobre ellas una mirada de indignacion, diciéndoles: ¿tambien me sois infieles? Ellas callaron, y el coronel tampoco habló palabra. A que extremo llegó la amargura de mi alma entonces, no soy capaz de ponderarlo.

Guardando estábamos todos un triste silencio, quando oygo una grande algazara en el zaguan. Suben de tropel, y entran del mismo modo en la sala diez ó doce oficiales con otras tantas damas profanamente vestidas. Venimos á di-



vertir á nuestra coronela, dixo uno de los oficiales: ¿donde esta nuestra coronela? Aqui está, respondió Ursola. Aqui no hay ninguna coronela, dixe con entereza: yo me llamo Sor Ines del Espíritu Santo. Tambien yo en otro tiempo, dixo una de aquellas damas sentándose á mi lado, me llamaba Sor Juana de la Transfiguracion, y ahora me hallo esposa de un capitan de caballería. Aquella que ve vmd. arrimada al bufete estaba en el mismo convento que yo; aquellas dos que estan hablando á solas eran de otra religion; y todas se ven casadas ya con otros tantos oficiales. Ya no hay velos, señorita, ya no hay tocas, ya no hay rejas: poder amar y ser libres, estos son los beneficios inestimables que debemos á la ilustracion de nuestros tiempos. Disfrutémolos, bella señorita, aplique vmd. esos graciosos labios á la copa del placer, gústelo vmd. una vez, y verá que diferencia de vida á vida. Si quando estábamos encaprichadas en los rancios principios de



una educacion mezquina; si quando no habia para nosotras mas mundo que el breve recinto del claustro; si quando nos creiamos obligadas á la observancia rigurosa de nuestros votos, hubiéramos tenido un pensamiento no mas que empañara la pureza de nuestro corazon, habriamos cometido un enorme sacrilegio: mas libres ya de carga tan enojosa, ¿que estado podemos abrazar con mas gusto que el del matrimonio? Y mayormente vmd., á quien se le presenta un enlace tan ventajoso como un coronel jóven y gallardo, de una casa distinguida, muy estimado del emperador, y en proporcion de hacer la mas brillante fortuna, qual es la que corresponde á la alteza de los méritos de vmd.

Al paso que me iba diciendo estas y otras cosas, de que no me acuerdo ahora, estaban baylando todos los demas en la sala inmediata; bien que de quando en quando venia ya un oficial, ya una de aquellas damas á dar-



me cada qual su leccion para seducir, me : mas como yo guardaba siempre un obstinado silencio , prosiguió la capitana diciéndome : ya veo que , preocupado el corazon de vmd. del dolor que le causa la prision de sus padres , no está en disposicion de que se le impriman estas verdades ; pero una vez que vmd. se tranquilice y las medite , las abrazará con gusto , dará la mano de esposa á nuestro coronel , y sus padres de vmd. alcanzarán el doble fruto de la libertad y del honor. ¿Que me dice vmd. señorita? Hable siquiera una palabra, dixo tomándome por la mano. Estoy demasiadamente perturbada, le respondí, para poder hablar : yo, señora, no sé que decirme; pero sí se ha cometido la villanía de achacar á mis padres un delito para obligarme á dar la mano al coronel.... No, alma mia, me interrumpió dándome un abrazo y dos besos ; el coronel no es capaz de semejante superchería. Yo prorumpí entonces con un amargo lloro , y ella ar-



rimándome la cabeza á su pecho me enxugaba las lágrimas con su pañuelo.

Llegó la hora de retirarse, y despues de haberme dado cada uno su consejo, marcharon todos y me dexaron sola con el coronel. Duerma vmd. tranquila, señorita, me dixo, y crea que de vmd. depende la libertad de sus padres. Yo quisiera, señor, le respondí, que vmd. pudiera penetrar quán acerba es la afliccion de mi alma: casi en un momento me he visto arrancada del claustro donde tenia todas mis delicias, privada de unos padres, cuyo carácter honrado y bondadoso los hacen los mas amables del mundo, y reducida á una soledad, tanto mas temerosa quanto mas peligros tiene para mí. Si yo tuviera de quien tomar consejo para salir de las dudas crueles que me agitan..... Dudas frívolas, me interrumpió; vmd. está libre de sus votos. ¿Libre, señor? le repliqué. ¿Y quien me ha libertado? El que todo lo puede, me respondió con una ligera sonrisa. ¿No acaba vmd.



de ver esas damas que han venido á obsequiar á vmd.? ¿No eran casi todas monjas? ¿que mayor prueba se le puede dar á vmd. para que salga de esas dudas indignas de la elevacion de sus talentos? Y quando las venciera todas, le replique, y me resolviese á darle á vmd. mi mano, ¿no seria bien que solicitase antes la bendicion y licencia de mis padres? Permitaseme que vaya á verlos esta noche misma, y sepa si aprueban ó no este enlace. Verlos no es posible, me respondió; pero tendrá vmd. mañana carta de ellos en la que le digan lo que debe hacer. Recójase vmd. y duerma sosegada. Dicho esto se retiró á su estancia, y yo me retiré á la mia.

En toda aquella noche no pude pegar los ojos: mi imaginacion hervia en mil especies á qual mas desagradable. La prision de mis padres, su libertad que decian pender de mí, la disolucion de mis votos que tanto se me aseguraba, el matrimonio á que se me queria pre-



cisar, las damas que habian estado en casa enmaridadas despues de monjas, todo se me presentaba de tropel á mi imaginacion. En un instante creia ser verdad quanto se me decia, en otro no me lo podia persuadir; ya creia que aquellas damas habian sido realmente monjas, y que por la relaxacion de sus votos habian tomado el estado del matrimonio, ya me parecia que eran otras tantas mugeres infernales, y ministros de las violencias del coronel; ya me arrepentia de tan siniestro juicio, y me aseguraba á mí misma, que un militar de prendas tan estimables no era capaz de tanta perversidad. En órden á la carta de mis padres pensaba, ó que podian fingirla, ó que podian alucinarlos de modo que escribieran lo que les dictasen: ello es que mi cabeza estaba tan embrollada que me levanté sin haber podido dormir ni un momento.

Las diez de la mañana serian quando vino el asistente del coronel con la carta de mis padres. Reconocí la letra,



y vi que realmente era suya : su contenido era este : "Querida hija , se nos asegura tanto y por tantos conductos la dispensacion de los votos monásticos , asi de uno como de otro sexô , que ya no nos cabe ningun género de duda. En esta suposicion te damos nuestra bendicion y permiso para que puedas contraer matrimonio con Mr. Alexo Perier , coronel de caballería. Dios te asista , y ten presente la triste situacion de tus padres."

Aun tenia la carta en las manos bañada con las lágrimas , que derramaba insensiblemente , quando entró el coronel. ¿ A que vienen ahora esas lágrimas ? me dixo. ¿ Que le falta á vmd. ya para su tranquilidad ? Morir , le respondí. Su rostro se cubrió de amarillez , y yo continué diciéndole : si vmd. supiera los afectos tan contrarios que agitan mi corazón , ¡ quanto se compadeceria de esta desgraciada ! No le ofenderian á vmd. mis lágrimas , ni estas expresiones que vmd. juzgará tal vez nacidas de despe-



cho, irritarian su paciencia. Yo amo el estado de religiosa que profeso, amo á mis padres, daria mi vida por su libertad; pero mis votos, mis dudas, mis remordimientos despedazan mi corazon. ¡Dios mio! exclamé entonces levantándome de la silla, ¡por que no me quitasteis la vida antes que hubiera puesto los pies fuera del monasterio! Si Dios la tenia á vmd. destinada para mí, ¿como le habia de quitar la vida? me respondió con un ayre de confianza que me dexó sorprendida. Vmd. está dispensada ya de sus votos, sus padres consienten en nuestro matrimonio, vmd. daria su vida por su libertad, y quando á menos costa puede alcanzarla... ¿A menos costa, señor? le pregunté. Sí, me respondió: con que vmd. me dé esa mano..... Con esto hizo ademan de tomármela, pero yo la retiré diciendo: ni mi mano ni mi corazon será jamas de vmd.

Un rayo que hubiera caido á sus pies no le habria dexado mas asombra-



do. Yo le miraba con ojos de compasion, porque llegué á persuadirme que verdaderamente me amaba, y porque mi alma (perdonadme Dios mio) mi alma no estaba libre de una pasion qual jamas habia sentido por hombre alguno. Recobróse al momento, y mirándome con ojos llenos de ternura, me dixo con una nobleza que me arrebató: señorita, si yo no la amara á vmd. tanto como la amo, lograria por violencia lo que vmd. no quiere hacer de grado; pero jamas he apreciado sino lo que da el corazon; lo que arrancan las importunaciones nunca ha tenido aprecio para mí. Esos sentimientos, señor, le dixe, son dignos del hidalgo y generoso carácter de vmd.; pero si vmd. me ama tanto como dice, ¿por que no me da mas extension á su generosidad? ¿Que quiere vmd. que haga? me preguntó. Dar libertad á mis padres, le respondí. No está en mi mano, me replicó. ¿Y lo estaria si yo fuera su esposa? le volví á preguntar. Tampoco, me dixo: enton-



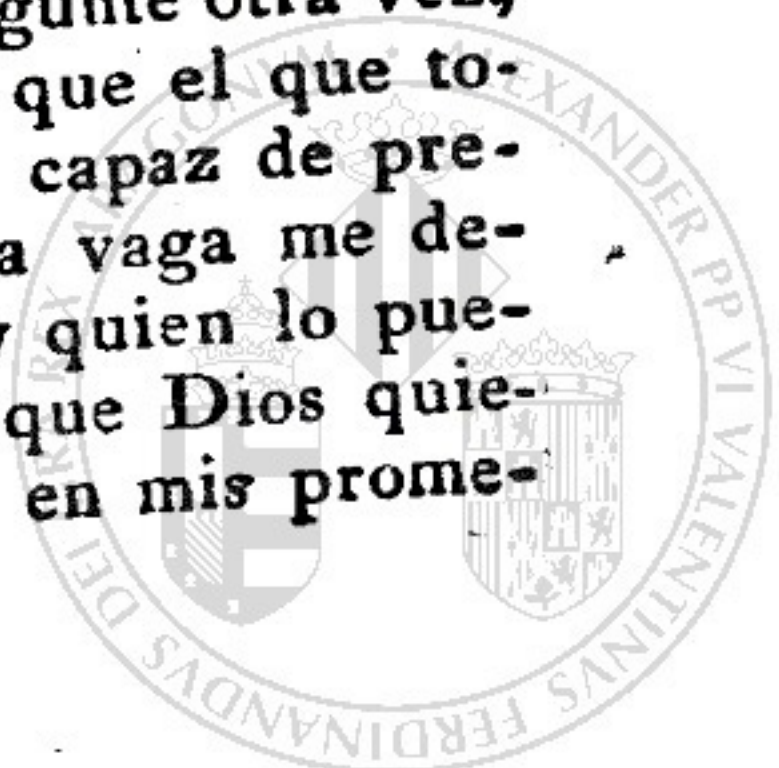
ces lo estaria en la de vmd. Una bella dama española, esposa de un frances coronel de caballería, ¿le parece á vmd. que no habia de doblar la rigidez del gobernador? El solo título de esposa bastaba para disipar quantas sospechas pudieran haberse formado de la conducta de sus padres por vehementes que fuesen. Pero, señor, le dixen; ya que le he parecido digna de vmd., pues me ha preferido á tantas bellezas como hay en esta ciudad, permitame vmd. que le haga una pregunta no mas: ¿es cierto que á mis padres se les ha imputado el crimen que vmd. me dixo? porque yo no puedo persuadirme á que un coronel tan magnánimo como el de vmd. fuera capaz de tanta malignidad, que acusara falsamente á mis padres un delito con el fin de torcer mi voluntad. Preferiria mil muertes á tan negra perfidia, me respondió con un ayre muy moderado: solo el imaginarlo ofende la delicadeza de mi carácter. Sus padres de vmd. han sido realmente acusados.



Mal conoce á mis padres sea quien sea el acusador, le dixé. Pero por más que sus padres esten inocentes, me replicó, se ha hecho acusacion contra ellos, y estan presos: ¿y querrá ser vmd. una hija tan cruel y desnaturalizada, que quando su libertad pende absolutamente de vmd. no se la quiera dar? No permita el cielo que yo sea cruel con mis padres, le dixé; ¿qual puede ser la pena que se les imponga quando sea cierto su delito? La de muerte, me respondió. Pues que me la den á mí, le repliqué, y libren á mis padres. No se exâspere vmd., señor, y tenga la bondad de oirme. Si yo le hubiera prometido á vmd. mi mano con entera libertad y con pleno conocimiento, y sin ninguna causa justa le faltara á mi palabra, ¿con que ojos me miraria vmd.? ¿No me tendria por una muger infiel y despreciable? ¿Como podré pues faltar á las promesas que tengo hechas á Dios, que es la misma justicia y la misma verdad? ¿Promesas, no privada, si-



no públicamente hechas al pie del altar con toda la ceremonia, pompa y aparato mas solemne? Yo no seria culpable delante de Dios, si no le hubiera hecho algun voto, puesto que estaba yo en plena libertad de hacerlo ó no: pero una vez hecho ya no soy libre, sino que estoy estrechísimamente obligada á cumplirlo, de manera que su violacion seria un enorme sacrilegio. ¿Como pues vmd., que sentiria á par de muerte que yo le fuera infiel, querrá que sea infiel á mi Dios? No señor, vmd. no puede quererlo; y yo debo sufrir antes mil muertes que cometer tan sacrilega infidelidad. ¿Pero nó le tengo dicho ya mil veces que está exenta de sus votos? me dixo. ¿Y quien me ha exímido? Ya se lo pregunté otra vez, le dixé, y me respondió que el que todo lo puede: ¿y es vmd. capaz de presumir que esta respuesta vaga me dexaria satisfecha? No hay quien lo pueda todo sino Dios, y lo que Dios quiere es que yo le sea fiel en mis prome-





**sas.** El poder de los hombres es muy limitado, y el del emperador que todo lo puede, según vmd. dice, es ninguno en lo espiritual. La iglesia sola que ha recibido de Dios el poder de atar y desatar, es quien puede dispensar los votos en caso de necesidad; fuera de este caso no sería legítima la dispensa; pues aunque el Papa, que es la suprema cabeza de la iglesia, usara entonces de la plenitud del poder, no usaría de la plenitud de la justicia. ¿Y que necesidad hay para dispensar los votos, no á una ú otra persona particular, sino á un inmenso número de entrambos sexos que tan solemnemente los han pronunciado al pie de los altares? ¿Que necesidad? me contestó. El bien público, la utilidad del estado. ¿Le parece á vmd. que perjudica poco al interes de la poblacion esa multitud increíble de personas célibes que yacen encerradas en los claustros? Y las haciendas que poseen ¿no podian repartirse de modo que fueran mas útiles al



bien comun? ¿Es bueno, señor, le repliqué, que no se haya de reparar en la infinidad de celibatos que hay en el siglo, y se ponga solamente la mira en los del claustro? ¿Y no es de maravillar tambien que se fixen con tanta codicia los ojos en los bienes de los monasterios, y no se repare que en el siglo las rentas de un hombre solo absorben la substancia de dos mil ciudadanos? Por último, señor, sea de esto lo que fuere: yo quiero ser fiel á mi Dios, y antes sufriré que mis padres pierdan la vida, y perderla yo mil veces tambien, que faltar á las promesas que le tengo hechas. ¡O preocupaciones de la educacion! me dixo, y sin volver siquiera los ojos á mirarme se marchó de casa.

Inmediatamente se me presentaron Rita y Ursola, y con los ojos arrasados de lágrimas me dixeron: señora, no puede vmd. pensar la pesadumbre que nos dió ayer noche quando nos dixo que le éramos traydoras. Nosotras que



siempre la hemos querido á vmd. como á las niñas de nuestros ojos , ¿ le seriamos traydoras? ; Ah ! que vmd. no sabe los papeles que es menester que hagamos para estar bien con estas gentes. Nosotras hacemos como que estamos de la parte del coronel , y por eso le diximos á vmd. que el mejor partido que le quedaba era casarse con él ; pero si la experiencia de tantos años de servicio , si el amor y fidelidad que constantemente ha observado vmd. en nosotras pueden hablar en nuestro favor , créanos vmd. , señora , que estamos dispuestas á hacer quanto podamos hasta perder la vida por salvar á vmd. Imagine vmd. el medio que mejor le parezca , que nosotras estamos prontas para la execucion. Tengo bien conocida vuestra fidelidad , les dixé , pero llegué á pensar que os habian seducido. Mi situacion es muy peligrosa ; pero nada me acobarda , moriré quando no me quede otro recurso. Dios ve mi corazon , y él me asistirá. Lo que hay de



mejor, señora, me añadieron, es que como nosotras fingimos estar de parte de ellos, tenemos libertad para salir de casa quando queramos y podemos practicar las diligencias que vmd. nos mande. Tanto mejor, les respondí; continuad en serme fieles que yo dispondré lo demas.

Lo que faltaba de la mañana lo pasé á solas en mi estancia sin poder sossegar un momento, ni fixar mi imaginacion en ningun objeto, porque me ocurrían infinitos; pero al cabo tomé un libro, y á pocas páginas que leía me quedé dormida. Dispertóme un golpe que dieron al respaldo de mi silla, y vi al coronel y á la capitana. Quán tranquilo está ese corazon, me dixo el coronel, que duerme vmd. con tanto sosiego. Tal vez llega á dormirse un corazon oprimido de pesadumbres y de melancolía, le respondí. ¿Vmd. pesadumbres, amor mio? me dixo la capitana. ¿Vmd. melancolía quando va á ser la muger mas feliz del mundo? No



digo que no pueda serlo , mas ahora no lo soy , le respondí. Tampoco lo soy yo ahora , me dixo el coronel. Haberla visto á vmd. , amarla , adorarla y no poderla poseer : habitar una misma casa y no poder vivir juntos , esto no es ser feliz. Pues si en mí sola estriba la felicidad de vmd. : si yo sola puedo hacerle á vmd. feliz , no me negará vmd. un favor que voy á pedirle , le dixé. ¿ Yo negarle á vmd. ninguna cosa que dependa de mí ? me respondió. De vmd. solo pende , le volví á decir ; y no es sino que me permita vmd. estar á solas hasta mañana á medio dia , sin que nadie entre á verme mas que mis criadas. En este tiempo arreglaré ciertos asuntos relativos á mi persona , y escribiré para consuelo de mis padres ; y esta pobre monja quedará á la disposicion de vmd. ¿ A mi disposicion ? me preguntó. Enteramente á su disposicion , le respondí. Pues á Dios , me dixo levantándose : hasta mañana : aqui se queda vmd. con el corazon y la quietud de



Alexo Perier. La capitana me dió un beso , y se marcharon.

En un quartito contiguo á mi sala hay una escalerilla muy reservada que baxa á una pieza , en otro tiempo almacén , y ahora habitacion que cedieron mis padres á un fidelísimo criado, cuya puerta sale á un callizo obscuro y muy excusado. Como es soltero la habita solo. La entrada á esta habitacion por la escalerilla , ademas de la robusta puerta y gruesos cerrojos con que se cierra , estaba tapiada con un tabique de ladrillo ; de forma que aunque yo podia abrir la puerta , siempre quedaba impedido el paso. Llamé pues á Rita , y le dixé que buscara ocasion de salir de casa , y encargase á Juan, que este es el nombre del criado , y es este mismo que ven vmds. aqui , que apenas anocheciese echara á tierra el tabique sin ruido , que en punto de las nueve baxaria yo por allí , y que tuviese cerrada la puerta de la calle.

Dado este aviso me puse un ves-



digo que no pueda serlo , mas ahora no lo soy , le respondí. Tampoco lo soy yo ahora , me dixo el coronel. Haberla visto á vmd. , amarla , adorarla y no poderla poseer : habitar una misma casa y no poder vivir juntos , esto no es ser feliz. Pues si en mí sola estriba la felicidad de vmd. : si yo sola puedo hacerle á vmd. feliz , no me negará vmd. un favor que voy á pedirle , le dixe. ¿ Yo negarle á vmd. ninguna cosa que dependa de mí ? me respondió. De vmd. solo pende , le volví á decir ; y no es sino que me permita vmd. estar á solas hasta mañana á medio dia , sin que nadie entre á verme mas que mis criadas. En este tiempo arreglaré ciertos asuntos relativos á mi persona , y escribiré para consuelo de mis padres ; y esta pobre monja quedará á la disposicion de vmd. ¿ A mi disposicion ? me preguntó. Enteramente á su disposicion , le respondí. Pues á Dios , me dixo levantándose : hasta mañana : aqui se queda vmd. con el corazon y la quietud de



Alexo Perier. La capitana me dió un beso , y se marcharon.

En un quartito contiguo á mi sala hay una escalerilla muy reservada que baxa á una pieza , en otro tiempo almacén , y ahora habitacion que cedieron mis padres á un fidelísimo criado, cuya puerta sale á un callizo obscuro y muy excusado. Como es soltero la habita solo. La entrada á esta habitacion por la escalerilla , ademas de la robusta puerta y gruesos cerrojos con que se cierra , estaba tapiada con un tabique de ladrillo ; de forma que aunque yo podia abrir la puerta , siempre quedaba impedido el paso. Llamé pues á Rita , y le dixé que buscara ocasion de salir de casa , y encargase á Juan, que este es el nombre del criado , y es este mismo que ven vmds. aqui , que apenas anocheciese echara á tierra el tabique sin ruido , que en punto de las nueve baxaria yo por allí , y que tuviese cerrada la puerta de la calle.

Dado este aviso me puse un ves-



tido de Rita: le dixé que yo, aquella misma noche me saldria de la ciudad en compañía de Juan, y en derechura me iria al lugar donde habiamos estado quando entraron los franceses: que al rayar el dia se saliesen de casa ella y Ursola, como lo tenian de costumbre, para oír misa; pero que sin perder momento marchasen de la ciudad, y acudiesen al sitio llamado el *Partidor*, donde encontrarían dos caballerías con dos hombres para conducir las adonde yo estuviese.

Dadas estas disposiciones escribí una carta para el coronel, cuyo contenido era este:

„Señor: yo he tratado á pocos hom-  
 „bres en mi vida, pero de quantos he  
 „tratado ninguno mas amable ni mas  
 „generoso que vmd., y aunque pase  
 „por el rubor de confesarlo, ninguno  
 „ha hecho tan profunda impresion en  
 „mi alma como vmd. Si no me viera  
 „ligada con los votos que tan solemne-  
 „mente hice á mi Dios, si no fuera es-



"por de Jesucristo, ¿ que otro esposo  
 "podia elegir sobre la tierra mas digno  
 "que vmd.? Pero yo, señor, ni puedo,  
 "ni quiero ser infiel á mi Dios: á pe-  
 "sar de quantas amenazas y de quantas  
 "promesas se me puedan hacer, yo he  
 "de conservarme á sus ojos tal qual le  
 "he prometido ser. Mas los combates  
 "que tengo que sufrir en esta casa, y  
 "la desconfianza de mí misma, me ha-  
 "cen tomar el partido de la fuga: creo  
 "que vmd., á quien Dios ha dado tan-  
 "ta nobleza de espíritu, aprobará mi  
 "resolucion, y sabrá hacer que esa pa-  
 "sion que tiene vmd. por mí sirva pa-  
 "ra su felicidad, así como serviria de  
 "tormento á un alma baxa; y sirva tam-  
 "bien para que mire con ojos benignos  
 "á mis desgraciados é inocentes padres.  
 "Espero que será vmd. su protector,  
 "lo espero, señor, y se lo ruego con  
 "toda la eficacia, de que es capaz una  
 "hija que ama tiernísimamente á sus  
 "padres, y que despues de sus padres  
 "á nadie ama tanto como á vmd."



Apenas dieron las nueve repetí á Rita lo que le habia encargado , dexé la carta cerrada sobre el bufete , tomé todas las joyas y dinero que pude , y me escurrí por la escalerilla. Juan me estaba esperando junto al tabique que tenia asolado ya ; Rita volvió á cerrar la puerta y se puso la llave en la faltriquera , y yo me salí al callejon donde no habia un alma. Cerró Juan la puerta de su casa , y con pasos muy sosegados marchamos hácia el campo , salimos mezclados entre la gente que iba al prado , y tomamos nuestro camino. Toda la noche anduve á pie , y á las tres de la mañana con poca diferencia llegamos á una heredad de mis padres. Aquellas buenas gentes se pasmaron al verme tan á deshora por aquellos parages á pie , y sin mas compañía que la de Juan ; pero yo , sin detenerme entonces en relaciones , les dixé que dos hijos de la casa marchasen á toda priesa con dos caballerías á la ciudad , que en el *Partidor* encontrarían á Rita y



Ursola, y que con la misma presteza las traxesen alli. Hice que aparejasen otra caballería, y sin descansar mas que los momentos que se gastaron en estas faenas montamos en ella Juan y yo, y acompañados de un mozo de la casa proseguimos el viage para el lugar que dixé antes, habiendo dexado órden para que conduxesen tambien á Rita y Ursola. El Señor nos protegió largamente: yo llegué á las quatro de la tarde sin haber comido ni Juan ni yo mas que unos bizcochos que me puse en la faltriquera, y un poco de vino que llevaba en un frasco. Mi tia, como era regular, se trastornó al verme; pero la sosegué al instante contándole mi historia, consolándola de la desgracia de mis padres, y asegurándola que volverian pronto á recobrar su libertad. Rita y Ursola llegaron á las once de la noche: gracias á Dios, señora, me dixeran abrazándome afectuosamente; gracias á Dios que estamos en salvo. Aun no, les respondí; pero lo estare-



mos pronto : encomendémoslo á Dios.

Aquella misma noche hice que buscasen un hombre de confianza para que al momento marchase á la ciudad. No quise exponer mi encargo á las contingencias de una carta : entreguéle una joya donde estaba mi retrato , regalo de un primo mio quando yo tenia doce años ; le encargué que fuera á su casa , y le dixese que la señora , cuya era aquella joya , le encargaba que al momento que la recibiese , se pusiera sin falta en camino para ir á verla.

Todo se logró como yo deseaba ; vino mi primo , el qual aunque sabia la prision de mis padres , ignoraba quanto me estaba sucediendo. Alabó mi resolucion , pero dixo que debia salir de aquel reyno para otro que estuviera libre de franceses , pues creia que alli no estaba segura. Hay en la capital de este reyno un caballero muy amigo de mi primo , y muy hacendado , que en muchos lugares donde tiene posesiones tiene tambien muy bellas casas doade sue-



le pasar algunos tiempos del año: dirigióle inmediatamente un propio, diciéndole que necesitaba de una de aquellas casas para una familia, que se componia de dos señoras, un criado y dos criadas, que dixerá á qual de ellas debia dirigirse, y que en el tiempo que estuviesen allí les diese quanto dinero necesitasen. La respuesta fue que viniésemos á este pueblo donde hallariamos una casa graciosamente mueblada, y enteramente á nuestra disposicion.

Antes de partir mudé el nombre á toda la familia. A mi tia, que tiene el de Doña Pascuala, le puse el de Doña Eufracia, á Juan el de Ambrosio, á Rita y Ursola los de Ramona y Barbara, y á mí el de Isabela. Asi partimos para este lugar despues de haber encargado á mi primo que hiciera quanto le fuera posible para lograr la libertad de mis padres, y que procurara darme aviso de quanto ocurriera, siempre que lo permitiesen las circunstancias. Como se pasaba mucho tiempo sin tener noti-



cia alguna , busqué un sugeto de honradez y reserva que me sirviera de correo , y por este medio he tenido hasta ahora una correspondencia secreta con mi primo. Supe que el coronel se habia portado de modo que toda la ciudad , sabedora ya de su pretension y de mi fuga , levantaba hasta el cielo su heroyca generosidad ; pues prendado, segun decia , de la constancia de mi carácter y de mi fidelidad á las promesas hechas á Dios , se habia empeñado hasta no poder mas en alcanzar la libertad de mis padres , como la alcanzó en efecto. Supe despues que los franceses habian evacuado la ciudad , y ahora acabo de saber que todo el reyno está ya libre de ellos , y que las monjas se van reuniendo en sus monasterios.

Estos , señor D. Carlos , son los motivos que me han conducido á este pueblo. El tiempo de mi partida ha llegado ya ; vea vmd. si en los pocos dias que nos quedan tiene vmd. que mandarme algo ; pues una vez que me en-



cierre en el monasterio, quedan tam-  
 bien cerrados para siempre todos los  
 conductos de comunicacion con ningun-  
 na persona del siglo. Señora, dixo á  
 esta sazón D. Carlos, vmd. me ha de-  
 xado inmovil. No muchos instantes ha-  
 ce quedaban en mi corazón algunos  
 restos de esperanza, pero vmd. acaba  
 de disiparlos enteramente. Dios la ben-  
 diga á vmd., y la haga tan feliz en su  
 monasterio como yo pensaba serlo con  
 vmd. Cierto, señora, que en todo es  
 vmd. admirable. Mil veces, dixo Sor  
 Ines, he procurado desengañar á vmd.  
 y disuadirle su pretension, y otras tan-  
 tas veces le he dicho tambien que á su  
 tiempo le hablaria sin aquellas reservas  
 que vmd. llamaba misteriosas: y este  
 tiempo ha llegado ya. Pero el cielo,  
 señor D. Carlos, tenia reservada para  
 vmd. otra esposa dignísima y capaz de  
 llenar todo el vacío de sus deseos. To-  
 me vmd. esos papeles, sírvase de leer-  
 los esta noche, y vea si yo me engaño.  
 Tomó D. Carlos los papeles, y se re-



tiró á su casa sin acabar casi de creer lo que le estaba sucediendo.

Doña Teresa, sumergida en una profunda tristeza, derramaba en silencio un diluvio de lágrimas. Observólo Sor Ines, y tomándole la mano dixo: ¿por que llora vmd., hija? Mis padres, á quienes amaba tierna, respondió, murieron entre las llamas, mi esposo cayó muerto á mi lado, y vmd. que me ha robado todas mis ternezas, parte á encerrarse en el monasterio para no verla ya jamas. ¿Que he de hacer yo ahora? Estar en mi compañía, respondió Doña Pascuala. Quando mas desahuciada se hallaba vmd., dixo Sor Ines, le proporcionó el cielo esta casa donde ha recobrado perfectamente la salud, ¿quien sabe lo que le tiene reservado ahora? Ademas que vmd. es heredera de grandes bienes; y quando esto no fuera, ¿no estaria vmd. en casa de mis padres en compañía de mi tia donde ocuparia el lugar de hija? A estas añadieron otras expresiones no menos



afectuosas , y la dexaron consolada.

D. Cárlos estaba leyendo á solas los papeles que le entregó Sor Ines. Eran todos relativos á Doña Teresa. La villa de donde era natural no distaba de la ciudad de donde lo era Sor Ines , y con esto tuvo proporcion de que su primo le informase de todo lo perteneciente á su familia , y de sus desastres en el saqueo de los franceses; no porque Sor Ines dudase de lo que habia contado Doña Teresa , sino para poder con mas seguridad llevar al cabo el proyecto que tenia concebido. En efecto, la relacion que le envió su primo era del todo conforme á la que hizo Doña Teresa , la qual , decia , pensaban todos que habia tenido la misma desgracia que sus padres y su esposo. Ensalzaba hasta las nubes sus bellas qualidades, y añadia que era heredera de un riquísimo patrimonio.

Leido y reflexionado todo esto por D. Cárlos , marchó al dia siguiente á casa de Sor Ines , y sin hablarles pala-



bra ni á ella ni á su tia , se dirigió á Doña Teresa , y le dixo : ¿ Doña Teresa Rebolledo , se dignará de admitir por esposo á D. Cárlos Salazar ? Doña Teresa se sonroseó graciosamente , y con su ingenua modestia , respondió : quando vivian mis padres tenia resignada mi voluntad en la suya , ahora la tengo en la de estas señoras que hacen conmigo las veces de padres. Yo no encuentro en mí ningun mérito.... Nada , nada , interrumpió Sor Ines , la Providencia tenia destinado á D. Cárlos para Doña Teresa , y á Doña Teresa para D. Cárlos ; dense vnds. las manos , y todo queda hecho.

En breves dias quedaron practica-  
das las diligencias necesarias , y se celebró el matrimonio con extraordinarias demostraciones de alegría. La nueva esposa heredó el patrimonio que le pertenecia : Doña Pascuala se restituyó con su familia á su casa , y Sor Ines , despues de haber abrazado á sus padres y besádoles la mano , se encerró en el monasterio á continuar sus dias en quieta paz.



